REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIV | San José, Costa Rica **1932** Sábado 28 de Mayo | Núm. 19

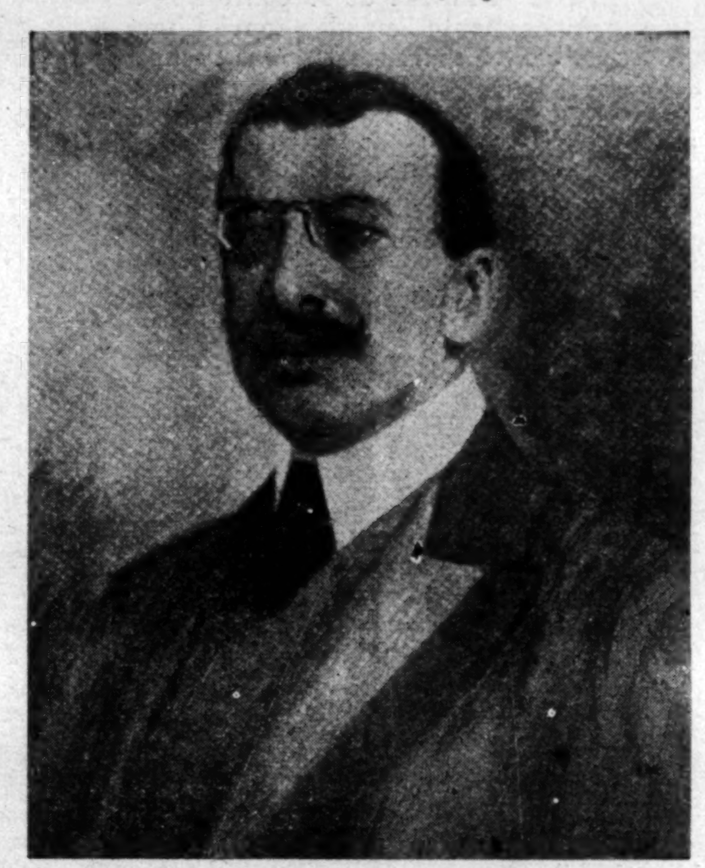
Año XIII. No. 587

SUMARIO

Carlos Arturo Torres o la Tolerancia

= De *Lecturas Dominicales*, Bogotá =

Carlos Arturo Torres o la Tolerancia, podría ser el título de una de esas biografías o vidas noveladas tan del gusto de nuestros contemporáneos en las que el autor destaca a la brillante luz del primer plano, la virtud o defecto que estima ser personificación o característica dominante del héroe. Y la tolerancia fué, a nuestro modo de ver, la virtud máxima de Carlos Arturo Torres. No, desde luego, esa desdeñable tolerancia, patrimonio de seres vulgares, tejida en la burda trama de la abulia intelectual y del egoísmo rastrero, sino aquella otra, privilegio de las mejores inteligencias, flor exquisita de comprensión y de cultura, "el fruto más maduro de la cultura más completa", como gustaba de repetir el mismo Torres, citando a Edmundo Scherer.



Carlos Arturo Torres

Cómo y por qué proceso de auto educación vino a madurar ese fruto maravilloso en una tierra calcinada por el fuego de todas las intolerancias, nutrida por la noción, casi nos atreveríamos a decir la pasión de lo absoluto, y eso mucho más entonces que ahora, es lo que trataremos de investigar en rápida ojeada a través de la obra de Torres, no numerosa ni extensa, pero sí plena de sugestiones y de ideas.

Nacido Torres en un día como este, del año de 1867, en la población de Santa Rosa de Viterbo, de una distinguida familia y en una región en la que fué y es notoria la propensión por la jurisprudencia y las letras, no era de extrañarse que manifestara desde muy temprano su decidida vocación por estas disciplinas. Ya desde el año de 1883, cuando contaba apenas diecisiete años, colaboraba el precoz adolescente, con sus poemas, en el periódico "La Luz". Hacía por entonces sus estudios de segunda enseñanza en el claustro bartolino. Es lástima no conocer algunos, pues de seguro en ellos podrán rastrearse las tendencias que luego habrían de dominar en su noble espíritu. Sin duda, pasaron inadvertidos en medio de esa monstruosa floración de versos en que tan fecundos hemos sido siempre. Principió su nombre a traspasar el limbo del anónimo, cuando en la noche del diecinueve de abril de 1891, subió a la escena del Teatro de Bogotá su poema dramático en dos actos "Lope de Aguirre". Es curioso observar, de paso, cómo el joven autor dedicaba las primicias de su talento a Porfirio Díaz, el férreo dictador mejicano. El que luego habría de hacer la crítica más inteligente y amena de los llamados gobiernos fuertes y que son los más débiles, pues se sustentan sólo en la debilidad de quienes los soportan. El ensayista magistral de la edad madura que en sus "Idolos del Foro" analiza con incomparable lucidez lo funesto de tales idolatrías. No tuvo éxito el drama, ni cosechó los laureles que acaso imaginara su juvenil ambición. En realidad, no era una obra de gran mérito, ni podía esperarse de la juventud e inexperiencia de su autor en tan difícil género, producto, por otra parte, de ambientes de antigua y acendrada lectura. En la escogencia del asunto movió, sin duda, su atención cierta grandeza, supuesta o real, del héroe, manifiesta en crímenes y crueldades, y la idea de que las hazañas del oscuro soldado de la colonia hubieran podido ser como un lejano augurio de la epopeya libertadora. Así, le hace decir al protagonista:

...yo encendía
más y más esta idea, pues pensaba
de la América mísera y esclava
una libre nación hacer un día.

La soberbia satánica del rebelde, digna de los héroes de Byron, a quien Torres rindió culto y algunos de cuyos poemas tradujo con fidelidad y belleza, se manifiesta en versos notables por la valentía y el vigor de la expresión. Dice el indomable vasco:

En mi vida sin tregua de guerrero,
En mi vida sin rumbo de marino,
Yo podré sojuzgar al orbe entero,
Venciendo a Dios, al hombre y al destino!

Como lo hubieran podido decir Manfredo, Caín o el propio Childe Harold. Más adelante le hace exclamar magníficamente:

Almas hechas de llama hay que en escoria
ninguno a convertir alcanzaría:
o eterna execración o eterna gloria!
Y de esta clase de almas es la mía.

Por lo demás, en algunos pasajes, en cuanto se refiere al metro y corte de las estrofas, se nos antoja clara la influencia de los clásicos castellanos que para entonces habría leído, si bien el tema y su desarrollo son de un agudo romanticismo muy en consonancia con el gusto de la época en que escribía. Fue éste el primero y último ensayo de Torres en el género dramático.

Ensayóse luego en la novela corta, y así, entre los folletines de "El Correo Nacional" de 1893, se encuentra una, ti-

tulada "La novia y la patria", en la que la elevación del asunto, tomada de un episodio histórico de Michelet, de quien fué lector asiduo, la romántica heroicidad de los protagonistas, sacrificados en aras de su propio amor y del más grande de aún de la patria, la desventurada Polonia de aquella época, revelan la predilección que había de mostrar siempre por todos los temas que pudieran entrañar una alta lección filosófica o moral.

Entre tanto, los rasgos de su personalidad se acentuaban más, cada vez, al influjo de sus lecturas y de las doctas enseñanzas del Externado, dirigido por Nicolás Pinzón, sabio guía y diestro modelador de las almas juveniles de aquel entonces. Allí, sin duda, debió su mente inquieta ponerse en contacto por primera vez con las nuevas corrientes del pensamiento filosófico, que atravesaba entonces por un período de inusitada actividad, merced a la aparición casi simultánea de extraordinarios filósofos y sabios que hacían de Europa algo así como un inmenso y maravilloso crisol, donde se estuviera fundiendo el alma del porvenir.

No se podía entonces permanecer indiferente, ni ajeno, ante un incendio cuyos resplandores prodigiosos iluminaban los más apartados rincones del mundo. Hermosa época para la inteligencia! Si Darwin había sentado las bases del evolucionismo y del relativismo en el campo de la biología, Spencer hacía otro tanto en el de las ciencias sociales y políticas, como habrían de hacerlo más tarde en el de la física y las matemáticas, Einstein y Poincaré. Agonizaba la era de lo absoluto; de los dogmas intangibles, de los principios inmutables, de los fanatismos confesionales o jacobinos que quemaban o guillotinaban en nombre de sus inflexibles divinidades, y alboreaba un nuevo ciclo de la inteligencia, en el que el sentido crítico aplicado por igual a todas las actividades, conduciría a la tolerancia y al relativismo. Así, pudo decir, con toda razón, hace ya años, el vizconde de Vogué: "El sentimiento de la relatividad domina en el pensamiento contemporáneo". Exponente admirable de este sentimiento, su precursor, puede decirse, si se exceptúa al doctor Núñez en sus cartas políticas, fué Carlos Arturo Torres, en Colombia.

Tarea ingrata y peligrosa fué siempre y en todas partes la del predicador de tolerancia, ocasionada a sacrificarse a sí mismo y a sacrificar a sus seguidores entre los opuestos fanatismos. "Aquel a quien los gibelinos llaman güelfo y los güelfos gibelino, ése está en lo cierto", cantaba hacia el final del medioevo el vate florentino, lo cual no impide ser víctima de unos y de otros, llegada la ocasión. Y si esto suele suceder en ambientes de alta cultura, donde la inteligencia se hace flexible, qué podría ocurrir en un medio primitivo, en el que una grotesca arrogancia, una especie de matonismo o machismo intelectual, correlativo del otro, entroniza el culto simplista del sí y el no, como símbolo de personalidad y de carácter? La visión recortada del vulgo, como sucede en algunas enfermedades de la vista, no le permite percibir sino los contrastes violentos, no le deja entusiasmarse sino con las opuestas demagogias. Impera entonces soberano un cierto criterio geológico aplicado a las ideas, que vienen a ser como las fuerzas de la naturaleza que, desencadenadas, pueden fecundar o destruir, pero de ningún modo modificar su ciego impulso. De ahí la ninguna popularidad de quienes, sabedores del desvío que acogerá su actitud y porque desdeñan tal vez, como Horacio, al vulgo profano, prefieren, como Torres, ser apóstoles desinteresados de tolerancia intelectual y de relativismo político. Admiremos a estos nuevos mártires de una nueva era.

A Torres se le ha tachado de profesar un inocente escepticismo, o al contrario, un eclecticismo comodón y manguiancho. Veamos cómo se expresa él mismo:

"Cuando la moderna ciencia demostró lo limitado y relativo del conocimiento, infligió un golpe formidable—sin que sea posible la ilusión de lo contrario—a las pomposamente llamadas **convicciones inquebrantables,** muchas de las cuales y en muchos más casos de lo que generalmente se cree, **Idola fori,** no podrían resistir un análisis racional Si hasta hoy es imposible conocer las causas de los fenómenos más sencillos en apariencia ¿quién sería osado a lanzar el arrogante "poseedor soy de la verdad única" en materias siempre controvertidas, siempre relativas, siempre cambiantes? Si la verdad de hoy puede ser el error de mañana, si conocerlo todo es perdonarlo todo, si la cultura más refinada lleva a la tolerancia más amplia ¿qué queda de los fanatismos en cuyo nombre se inundaba al mundo en turbios ríos de lágrimas y sangre? La ilusoria posesión de la verdad absoluta es hoy simplemente una ingenuidad". Es el desarrollo de la fórmula comtiana: "Todo es relativo: hé ahí el único principio absoluto".

Pero más adelante agrega:

"En ciertas cuestiones de orden concreto se pueden, sin duda alguna, establecer principios ciertos y levantarlos luego—altivos pendones de la lid política—como fuerzas motrices de los pueblos".

Y de modo aún más explícito, si cabe, añade poco después:

"No quiere esto decir (la tolerancia) que sea en ningún caso recomendable el escepticismo desolador, que convierte la conciencia humana en un gélido erio, en un moral mar Muerto, no. La porción de bien y de verdad que encierra un ideal—y en toda convicción sincera los hay—emerge siempre luminoso e inviolado de todas las penumbras del mal y del error. Los principios sustantivos de un credo político no pueden atenuarse ni rebajarse de la cumbre en que arden en luz".

No es, pues, su tolerancia sinónimo de perplejidad y de indiferencia, fenómeno morboso que cuando se llega a dar en una generación la predestina fatalmente a la vacilación y al fracaso.

Pero notemos, antes de seguir adelante, qué estrecha unión se advierte entre el pensador y el poeta; con cuánta razón podría decirse que en sus ensayos se muestra poeta y en sus poemas filósofo. Estudiar al uno es comprender al otro, y ambos, el artista y el filósofo se complementan y completan. No hay casi pensamiento en sus ensayos que no tenga una estrofa o un verso equivalentes. Esto nos dará la clave de sus preferencias en el terreno de la poesía y de la filosofía.

Sus afinidades de fondo y de forma con algunos poetas de su tiempo, preocupados como él por los grandes problemas que afectan a la sociedad moderna, es evidente. Como tal, pertenece a aquella familia, a cuyos miembros mejor podría darse el calificativo de vates, en el sentido antiguo: Lucrecio, Leopardi, Edgardo Quinet, Alfredo de Vigny, Núñez de Arce. De todos podría encontrarse profunda huella en sus composiciones. En la que dedica a Leopardi, lo imprecа en esta forma:

Leopordi! Fuiste el bardo y el vidente
De la agobiada humanidad que gime
Bajo un cielo a su sino indiferente!

Porque, digámoslo ahora, una de las ideas dominantes en Torres y en aquellos sus vates predilectos, es el sentimiento de desolación que les inspira la impasibilidad de la naturaleza ante el dolor humano. He aquí una estrofa de "La casa del pastor", de Alfredo de Vigny, traducida por Torres:

Empujo desdeñosa
y sorda a todo y ciega
los míseros enjambres
de insectos y de hombres
que mi potente mano
sobre los mundos riega.
Ignoro sus miserias,
sus dichas y sus nombres;
ni insulto ni plegaria
jamás me turbará;
me llaman una madre
y soy sólo una tumba;
mi invierno desconoce
las vidas que derrumba,
mi primavera ignora
los gérmenes que da.

A Edgardo Quinet, como Torres, pensador y poeta, no por ignorado menos grande, le dedicó en sus "Estudios Ingleses" unas cuantas páginas luminosas y emocionadas. Lo mismo a Alfredo de Vigny en el escrito que sirve de introducción a algunos poemas filosóficos de éste, vertidos al castellano por Torres. De Heine tiene varias traducciones, versiones y adaptaciones recogidas en un tomito titulado "Poemas fantásticos", junto con otras de Poe, Murger, Hugo, Baudelalire, Rollinat, Musset y Leconte de Lisle. Allí se encuentran algunos de sus mejores momentos: "El cuervo", "Las estrellas fijas", de Poe; curioso este último por la extraña semejanza en el metro y en la idea con el famoso "Nocturno" de Silva.

Pero lo más importante de su obra poética se encuentra en el volumen que se titula así, precisamente. Dividiólo su autor en cuatro partes: Poesías varias, En la arena, Poemas filosóficos y Poemas crepusculares. Allí se encuentran también versiones de Albert Samain, de Moreas, de Turgueneff, de Lucrecio, de Nietzsche y de otros cuyo nombre nada más da una exacta idea de

cuán grande era el refinado gusto y elevado eclecticismo del vate colombiano. Interminables nos haríamos si fuéramos a dar una pequeña muestra de las bellezas esparcidas como preciosas gemas a través de toda la obra. Algunos poemas como "La abadía de Wesminster", "El Cálix", "El trono y la cruz", han sido consagrados como clásicos por críticos sagaces y autorizazdos.

Con Núñez de Arce tiene extraordinaria semejanza en la concepción de las ideas generales y en el corte mismo de los versos. Valga un ejemplo entre muchos que podríamos citar:

Nuestros padres con ánimo sereno
Hallaron en el campo de pelea
Algo fecundo, provechoso y bueno.
Nosotros sumergidos en el cieno,
No encontramos un hombre ni una idea.

Así se expresa el vate español y el colombiano dice:

Pero nosotros ay! cuando pasemos
¿qué cuentas le daremos a la historia?
¿Qué derecho a sus páginas tenemos,
si mantener siquiera no sabemos
de nuestros padres la eclipsada gloria?

—

Muy bien sabía Torres que al hacer servir la poesía como modo de expresión para trascendentales cuestiones de orden moral o político, se atraería el descontento y la crítica implacable de aquellos mantenedores del arte por el arte, que no conciben cómo pueda servir el verso para tratar asuntos que lleven finalidad diferente del simple placer estético, al que consideran esencialmente desinteresado y ajeno a toda moral, así sea la más elevada. En el discurso, Literatura de ideas, para Torres sinónimo de literatura de finalidad, pronunciado al recibirse en la Academia Colombiana de la Lengua, abordó con grande elocuencia y acopio de argumentos este problema, que tantas controversias suscitaba entonces y suscita todavía. En el prólogo de su "Obra poética" dice Torres a este propósito:

"Sostiénese hoy que es el verso forma apta para expresar no sólo todos los sentimientos sino casi todas las ideas En efecto, no hay concepción científica, ni problema de los que conmueven al humano espíritu, a los cuales no se les pueda encontrar una faz elevada, trascendental y aun bella y poética: siendo esto así, ¿por qué no expresarla en el lenguaje de la rima y del ritmo?"

Y en el estudio sobre Núñez de Arce: "El colorismo, la orfebrería, el lapidarismo, son admirables, pero no son toda la poesía, ni siquiera lo más importante y hermoso de ella; lo precioso es estimable, pero lo grande, lo hermoso, lo sublime, lo son más aún".

Para Torres el ideal del escritor era el que aunara en sí al filósofo y al artista. Sólo entonces aquél llegaría a hacerse verdaderamente interesante. Sentir mucho, pero pensar más todavía, he ahí su fórmula. Cualquiera pensaría que Torres fué un eterno trascendentalista, si vale la expresión, encumbrado siempre en las alturas de su Olimpo, enamorado sólo de las cosas solemnes y de las grandes palabras. Sin embargo, nos aconseja en un poema:

Amad tan sólo aquello
que no verán dos veces
los ojos: lo que muere,
lo pasajero amad.

¿No es esto como un eco anticipado de la sensibilidad de nuestro tiempo?

"Estudios ingleses" y "Estudios varios", que integran un volumen, es la obra de crítica de Carlos Arturo Torres. Allí dedica sendos estudios a personajes tan diversos y heterogéneos como Shakespeare, Spencer, Bourget, Bismark, Cánovas del Castillo, y a Isaacs, Flórez, Murillo Toro, Arciniegas. En el juicio crítico que dedica a Shakespeare, ese creador de un imaginario universo, tiene observaciones tan agudas, como ésta: "El humorismo inglés y la risa castellana, acaban el uno con el caballero, la otra con la caballería. Shakespeare y Cervantes simbolizan así, por modo vario, un mismo hecho capital: el fin de la edad heroica y el advenimiento del concepto positivo de la vida, el triunfo de lo real sobre lo ideal".

Al estudiar el liberalismo de Spencer, hace reflexiones que no podemos pasar en silencio, aun a riesgo de prolongar en demasía esta charla, porque ellas no han perdido, por desgracia, su actualidad, ni en nuestra América, ni en Colombia, donde florecen todavía, como en suelo propicio, las peores violencias especulativas y verbales. Dice así Torres:

"No es posible armonizar, en efecto, sus conclusiones sobre la relatividad de todo conocimiento, sobre el compromiso y la cooperación, sustituídos a la lucha implacable, con el criterio estrecho de lo absoluto, razón de ser del jacobinismo, que le hace partir lindes con el ultramontanismo en su espíritu sectario, perseguidor y fulminador de excomuniones que lo lleva hasta graduar de vitando pecado toda tentativa de criterio personal e independiente. ¿Cómo aspira un pueblo, se pregunta, a generosas instituciones, si no sabe hacer uso de sus derechos? Si en vez de emplear las preciosas garantías que consagra el derecho público moderno, la libertad de la prensa, por ejemplo, en la propagación de las doctrinas y en el estudio de los problemas públicos, sólo la emplea en la difamación sistemática y en el vilipendio de las personas, ¿con qué derechos aspira a ella? Un pueblo de frenéticos o de insensatos ¿no implica un gobierno de represores o tutores? Los que aspiren a la libertad deben ante todo formar generaciones que sepan merecerla".

—

Pero la obra fundamental de Torres, aquella que irá siempre apareada a su nombre para vincularlo a la posteridad, es su ensayo sobre las supersticiones políticas, "Idola fori", como acertadamente lo designó con sugestiva frase de Bacon. Madurado y escrito lentamente, su estilo es castizo y armonioso, sin vanos alardes de prosa arcaizante, ni de exagerada innovación léxica. Torres logró cortar de raíz el apocalíptico manzanillo del efectismo criollo, como dice Bunge en gráfica expresión. Difícil y vana tarea sería la de pretender discriminar aquí cuáles fueron las influencias que mayor parte tuvieron en su ideología. En él, como en todos los pensadores cuya formación data de aquella época, podría descubrirse del criticismo de Kant, del positivismo de Comte, del empirismo idealista de Spencer (éste acaso en mayor grado), del amable escepticismo de Renán, del epicureísmo de Guyau, del estoicismo y del simbolismo filosófico de Quinet y aun del evolucionismo creador de Bergson, como podría ocurrir con Barrés, con France, con García Calderón, con Sanín Cano...

Quiso Torres iluminar con el poderoso reflector de su inteligencia aquellos idolillos de talco que son ciertas supersticiones políticas, para que apareciendo en toda su ridícula deformidad, dejaran de ocupar un pedestal levantado por hábiles secerdotes a costa de ingenuos creyentes. "Idola fori" es en realidad, un extraordinario ensayo de lo que podríamos llamar mitología política. En él, estudia la formación y desarrollo de los mitos o ídolos que trata de poner en evidencia: el mito aristocrático y el mito democrático. Ninguno como éste le merece tan elocuentes y severos reproches. Es natural, pues ha sido el último en esa larga sucesión, que es la historia misma de la humanidad, y que se remonta al mito politeísta, pasando por el mito feudal, el monárquico, el parlamentario y tantos otros. Sólo que de éstos nada podemos temer ya, mientras aquél, más peligroso y actual, parece por lo mismo más odioso. Al estudiar las supersticiones democráticas, dice Torres:

"Si al derecho divino de los reyes ha sucedido el derecho divino de las asambleas, al de éstas se sustituye alguna vez el derecho divino de las multitudes: la dinastía de las divinidades tutelares se democratiza y la superstición que las forma—una en esencia, aunque asuma en su exteriorización formas diferentes y entre sí antagónicas—depone su antiguo arreo de arcángel miltoniano, para gastar el ferreruelo estudiantil o el rojo airón de los tumultos y de los carnavales callejeros". Y más adelante:

"...el impulso de las multitudes representa cuanto hay de más inconsciente e irrazonado en las acciones humanas. En las épocas en que se solicitan sus sufragios como la más alta sanción y se la adula como la deidad más poderosa, la razón vela ante el tumulto la faz pudibunda y sólo imperan en el mundo los dictados delirantes de la pasión".

Y en otra parte agrega:

"Por el solo hecho de hacer parte de una muchedumbre un hombre individualmente culto desciende varios grados en la escala de la civilización; el ser verbo aplaudido o intérprete genuino de esa muchedumbre son presunciones poderosas para graduarle de instintivo, pues nunca será ídolo de las masas quien piense y hable un lenguaje superior al de las elementales capacidades colectivas".

En "Idola fori" revela Torres algo que es extraño y excepcional sobremanera entre nosotros: el espíritu continental, el sentimiento reflexivo de la so-

lidaridad racial. Para que no se crea que tratamos de exagerar, recordemos, a la ligera, algunas de las obras y de los escritores que han tratado de asuntos que interesan a todos los pueblos hispanos. Recordemos al peruano Francisco García Calderón, autor de "Las democracias latinas de América"; al venezolano Blanco Fombona y su "Evolución política de Hispanoamérica"; a Ugarte, el apóstol uruguayo, y su libro "El porvenir de la América"; a Carlos Octavio Bunge, el notable sociólogo argentino autor de "Nuestras razas"; a sus compatriotas Ernesto Quesada y Sarmiento, con su libro "Conflictos y armonías de las razas en América"; a los chilenos Lastarria, de "Nuestra América", y Joaquín Edwards Bello, de "América vasalla"; a los mejicanos Carlos Pereyra y Vasconcelos, autor de "Raza cósmica"... Pero ¿a qué seguir?

Cuando un colombiano como Torres escribe un libro como "Idola fori" (y no es éste un caso único), libro que es una alta enseñanza, no sólo para sus compatriotas, sino para todo el mundo español, somos los primeros en echarlo al olvido. ¿No es, por ventura, un visionario, un iluso?

Para ser justos, diremos que este espíritu tiende a evolucionar favorablemente en los últimos años.

Tal vez, porque Bogotá, cuya misión irreemplazable debemos reconocer, por otra parte, ciudad la más mediterránea y más aislada del mundo, de psicología ensimismada y hermética, ha sido la principal modeladora del alma colectiva, se muestra ésta tan tenazmente ciega para todo lo que trasciende de las fronteras geográficas.

Somos como esas sencillas gentes aldeanas que por no haber podido columbrar nada más allá del campanario pueblerino, miran con invencible desconfianza y mal disimulada hostilidad al vagabundo que viene a contarles, de aventuras maravillosas y de países lejanos. ¿No quiere, acaso, engañarles?... Es el loco del pueblo y acaban por apedrearlo.

Luis Esguerra Camargo

INDICE



CON EL ÚLTIMO CORREO:

Concepción S. Amor: *El Maestro Visitador* .... ₡ 1.75
Ramón de Belausteguigoitia: *Reparto de Tierras y Producción Nacional* . . 3.00
Aristóteles: *Problemas I* 3.75
Aristóteles: *Problemas II* 3.75
José María Salaverría: *Iparraguirre. El último Bardo* 3.00
Antología de Condorcet. Selección e introducción de Antonio Ballesteros 1.75
C. B. Escuder: *Elementos de Fotografía Moderna* 1.50
Julián Zugazagoitía: *Rusia al día* 4.00
Pío Baroja: *El Cabo de las Tormentas*. Novela 3.00
W. Moog: *Hegel y la Escuela Hegeliana* 8.50
F. Engels: *Antidühring*. (Filosofía, Economía política, Socialismo) 11.50

Solicítelos al Admor. del *Rep. Am.*

Sonetos de Arturo Torres Rioseco

= *Envío del autor* =

HACIA LA CIUDAD ETERNA

Alejados del pardo rebullir de la gente
hundamos nuestras plantas en el sacro desierto;
el cielo a nuestros ojos será en jardín abierto.
Beberemos las aguas de una remota fuente.
Temblando bajo el beso de la luna naciente
iremos transformándonos. Los jibados camellos,
los belfos palpitantes, agudos los resuellos,
trotarán, alejándose con rumbo hacia el oriente.
Cuando lejos verdee la pálida techumbre
de la Ciudad Bendita, a la última lumbre
de un crepúsculo enfermo de otoño y de pereza;
llenos de un terror bíblico nos arrodillaremos...
con una voz lejana tú me dirás: oremos...
y habrá un claror de estrellas en tu blonda cabeza.

JUAN RAMON JIMENEZ

Como un niño sonámbulo en la noche
—llanto en el ojo, estrellas en las sienes—
el corazón en lírico derroche
así te veo Juan Ramón Jiménez.
Música de campanas. Llora un coche
de aldea, (Ruiseñores y Verlaines).
El corazón en un celeste broche
así te veo Juan Ramón Jiménez.
Una pastora—Rosa de ternura—
puso su labio sobre la amargura
del niño con estrellas en las sienes.
Así una mano de mujer ha hecho
florecer lunas nuevas en tu pecho
fino y celeste Juan Ramón Jiménez.

RUINAS

Las ciudades en ruina se alzan trágicamente
como esqueletos viejos de gigantes guerreros,
por diez eternidades bajo diez mil luceros
han dormido en su noche majestuosa y doliente.
Las ciudades en ruina fueron una candente
carcajada de amores. Mozos aventureros
con espadas al cinto, de bozos altaneros,
fueron Silenos rojos con un cuerno en la frente.
Bailadoras helenas con caderas de Etruria
dieron en vasos vivos a beber la lujuria
mientras un Coro rubio desliaba madrigales.
Hoy, bajo las ajorcas que desteje la luna
se oye el largo lamento de una guzla moruna
y el ladrido siniestro de los grises chacales.

TROYA

Troya del cuerno de oro, con mi profana lira,
de noble cuerda incaica te hago yo una elegía,
en el nombre piadoso de la Virgen María
quiero evocar tu nombre de la tremenda pira.
Troya del Cuerno de Oro, asiática Hetaira,
la belleza de Hécuba fué tu dulce alegría,
Polixena y Casandra de la palabra pía
fueron el pecho eterno que se inflama y suspira.
El semi-dios de Troya, con un gesto jocundo
conoció en boca griega la delicia del mundo
y con bello donaire provocó a Agamenón.
Por él fueron tus hijas vendidas prostitutas,
los miembros de tus hijos sembrados por las rutas
cuando el bárbaro griego te quemó el corazón.

POR TODOS LOS CAMINOS

De amores provinciales yo recuerdo tan poco,
una niña romántica de los ojos azules,
aventuras ingenuas bajo los abedules,
mientras un mirlo alegre cantaba como un loco.
Quién sabe si yo nunca tuve un gentil descoco
ante esa niña aldeana de abigarrados tules;
ya empezaban mis sueños a formar Stambules,
mi cerebro a nutrirse de pensamiento loco.
Después me he contagiado de un amargo cinismo,
después sobre los ríos del cosmopolitismo
mis remos lautarinos no supieron bogar.
Hoy maldito de Cristo y ardiendo de pecado,
por todos los caminos ando desorientado
y mis pupilas viejas ya no pueden llorar.

TROPICAL

Mi alma, lo que es vibrante, con pasión idólatra
la carne fresca, la pandereta y el licor,
me hago leño de hoguera por el oro y la flor
humana, con toda la lujuria de un Sátrapa.
Y por eso estos tirsos, perversa Cleopatra,
ofrezco a tu belleza con trovero fervor,
cada palabra mía tendrá mágico hervor
en tu sangre fecunda, pantera de Sumatra.
La presión de tu planta crispa la hoja tierna,
la serpiente acaricia la carne de tu pierna,
ardiente maja de la América Central.
Mi cisne melancólico de la pechuga alpina
como el pájaro Fénix, por tu garra felina,
voló en cenizas bajo la selva tropical.

LA MENTIRA

Nietzsche me dijo: «El hombre debe ser superado».
Yo seguí por el mundo como una vertical.
Estrangulé en mis ojos la visión del pecado,
en sangre de mi cuerpo se clavó mi puñal!
Tigre de la Malasia, fuí cordero pascual,
heridor y vibrante, fuí «señor crucijado»,
más allá de las sendas de lo bueno y del mal
arrastré como un bloque mi cerebro blindado.
Pero cuando en tu lecho temblaron las ajorcas
de los grandes placeres y en las blandas mazorcas
de tus senos divinos me abrevé el corazón,
escupí a Zaratustra que calumnió el futuro,
y en el solio erigido para el símbolo oscuro
eon el vientre preñado desnudé a mi pasión.

ADÁN

Señor, yo soy el hombre que salió de tus manos,
hace ya muchos siglos tú me llamaste Adán,
desde entonces me arrastro con un eterno afán
y han visto maravillas mis dos ojos humanos.
Por toda tierra he visto las hermanas y hermanos
luchando a puño limpio por el lecho y el pan,
mis carnes purulentas desgajándose están,
mañana han de ser fiesta de los pardos gusanos.
Señor, yo sé que enorme fué el pecado del huerto
la serpiente engañosa me venció y estoy cierto
que por todos los siglos mi delito he de expiar.
Pero Señor, te juro que si en la vida nueva
mis pupilas descubren los dos senos de Eva
te besaré las plantas y volveré a pecar.

University of Berkeley.

A. T. R.

La Iglesia y la guerra

El Problema Metafísico y Moral

(Véanse los números 12, 14. 16 y 17)

El concepto corriente en que se tiene el honor nacional no toma en cuenta los resultados de la guerra. El sentido común y la moral, que difieren grandemente de ese concepto, sí los toman en cuenta y declaran que el juego de azar que se llama guerra es inmoral y, por consiguiente, está prohibido aun cuando el honor nacional haya sido insultado y el enemigo se niegue a dar satisfacciones. Los intereses divinos y los humanos son más importantes que el interés del Estado individual.

Esa es, entera, la diferencia entre el criterio medioeval y el moderno. Antes de que las comunidades occidentales se individualizaran haciéndose trizas, los intereses de la comunidad ocupaban posición primordial. El egoísmo nacional, que no piensa más que en sí mismo, era condenado cuando el mantenimiento de ese ideal exigía fuerte sacrificio. Después de que el individuo—y también el Estado individual—se emancipó de la superior obligación para con la comunidad, el interés nacional individual adquirió primacía, y el interés sobrenatural de la comunidad toda se volvió secundario. Esto no significa que antes no hubiera egoísmo inescrupuloso ávido y marullero en la vida nacional y en la conducta de la guerra; significa sólo que esa actitud carecía de principio moral en que pudiera hallar justificación. La nueva moralidad individualista, en oposición a la vieja moral de solidaridad, es precisamente el **proton Pseudos** de la falsa cultura moderna.

El segundo rasgo de la **justa causa** es el conocimiento ciertísimo que se debe tener de la culpabilidad moral del adversario. Y aquí precisa que recordemos que, aparte del punto a discusión, hay que tomar en cuenta el factor psicológico: Con demasiada frecuencia la culpa existe sólo en la imaginación de quien acusa y procede de su arrogancia, ya se trate de individuo o de Estado.

Nos es fácil ver la paja en el ojo del prójimo y no la viga en el propio nuestro. Este hecho de peso es tan digno de consideración respecto de la justicia de la guerra como lo son las circunstancias externas que provoquen el conflicto. El Profesor católico de teología moral, Juan Bautista von Hirscher, hace gran hincapié en esto. "El primer punto"—dice, en su capítulo sobre la guerra,—"es si ha habido verdadero insulto inmerecido. El orgullo, la avaricia, la pretensión excesiva, la altivez, al amor al poder, con frecuencia se sienten lastimados, pero ello no quiere decir que necesariamente haya habido insulto a la justicia en la supuesta ofensa, sino al contrario, puede que haya habido más bien oposición a la opresión, a la avaricia de posesión, a la anexión injusta, etc. Las naciones poderosas, además, son frecuentemente dominantes y miran con desprecio a sus vecinas y pretenden ultrajarlas si éstas les hacen oposición alguna. Nadie está libre de culpa y todos debieran recordar la máxima que nos dice no hacer a otro lo que no queramos que nos hagan a nosotros. Si ha habido verdadero insulto, le corresponde al injuriado protestar de manera justa y viril, pero no ofendida. Si esto no tiene resultado, debe hacerse pública la causa y abogarse ante una Corte de Naciones. Posiblemente resulte de esto que la injuria se satisfaga. Si no, habrá llegado el tiempo cuando medidas necesarias y de ayuda propia sean de rigor. El primer paso a dar entonces será tomar represalias; el último, la guerra.

Por lo que respecta a la **justa causa,** los viejos moralistas prohiben la guerra si se puede hallar que el injustamente acusado ha dado gran provocación. Si los tomistas no reconocen que una guerra sea justa respecto de ambas partes, no sigue de ello que no reconozcan que haya causa de lucha justificable desde cualquiera de los puntos de vista contrarios, y lo único en que insisten es en que ningún caso dudoso lleve a la guerra. La injusticia y la justicia pueden ser de tal modo compartidas por ambas partes que, humanamente hablando, sea imposible pesar la culpabilidad de cada quien.

"La justicia",—dice Lammasch,—"no siempre está de una parte y la falsedad, y la mera pretensión inflada, de la otra. Con frecuencia no es cuestión más que de forzar la causa original de la guerra lo bastante adentro en el pasado. Una guerra puede ser justificable si sólo miramos lo inmediato, y absolutamente injustificable si estudiamos los orígenes de su causa. A menos que podamos desenredar los orígenes o causas originales, no podemos achacar definitivamente la culpa. El Estado **A** ha agraviado al Estado **B** en siglos pasados. La amargura provocada por ello y el odio así nacido, han venido madurando en el curso de muchos años, hasta que llega un momento cuando el Estado **B** hace algo, en su rencor, que el Estado **A** considera justa causa de guerra" (1).

Cabe perfectamente decir que el Estado que hace guerra nunca ha creído en su propia culpabilidad y en la rectitud de su adversario. Siempre ha considerado que había razones amplias y suficientes de su parte para atacar o defenderse. Por ejemplo, los mahometanos estaban convencidos de la justicia que les asistía al hacer sus guerras religiosas, y los cristianos tenían convencimiento igualmente fuerte y firme de que esas guerras de los mahometanos eran injustas. En los tiempos modernos, recordamos las reales proclamas de ambas partes. El Rey Guillermo, en el 1886, declara que "Austria no olvidará que sus Príncipes rigieron a Alemania antaño, y por tanto sólo verá en la joven Prusia una rival enemiga más bien que una aliada, y juzgará que debe oponerse en todo a Prusia pues lo que a ésta beneficie dañará a Austria. Celos antiguos y malditos arden fieramente otra vez. A Prusia — dicen — hay que debilitarla y deshonrarla. No se le cumple la palabra que le ha sido empeñada. Hacia donde quiera que miremos en Alemania, nos veremos rodeados de enemigos cuyo grito de guerra es la humillación de Prusia. Hasta el último momento he procurado la paz y he dejado abierta la senda de una solución pacífica, pero Austria no la quiere".

El Emperador Francisco José, el mismo día de esa proclama lanzó a su vez esta otra: "Los últimos acontecimientos demuestran inequívocamente que Prusia coloca la Fuerza por encima del Derecho; y, por tanto, esta guerra, nada santa, de alemán contra alemán, se hace inevitable. Llamo, al responsable de esta lucha, ante el Trono de Justicia de Dios, a que responda por toda esta miseria que les acarrea a las naciones y a los individuos".

¿De qué lado estaba la **justa causa?** Si hoy surgiese guerra entre Francia y Alemania, ambas naciones estarían convencidas de tener cada una la razón. Por tanto podemos tener seguridad de que sólo la historia,—esto es, las generaciones futuras,—puede posiblemente juzgar con justicia sobre quién sea el responsable de una guerra. En medio a la excitación del conflicto político sería imposible comprobar la culpabilidad del contrario en forma tal que no quedase ninguna duda al respecto, y sin embargo, decimos que una seguridad absoluta es necesaria para justificar la guerra.

La tercera condición de una guerra justa que Santo Tomás impone es la de que se tenga **una recta intención (intentio recta).** Su definición reza así: "La intención de promover el Bien y evitar el Mal. Porque, dice San Agustín, en **De verbis Domini,** 'obran los verdaderos sirvientes de Dios de manera que hasta las guerras traen paz, pues no las emprenden por avaricia ni crueldad sino por amor de la paz, esto es, para que los malos sean refrenados y los buenos tengan protección'. Por tanto, puede ser que una guerra haya sido declarada por la debida autoridad y tenga una causa justa, sin ser, ello no obstante, justificable, por ser torcida la intención de aquellos que la emprenden. Pues lo que Agustín con sobrada razón condena en una guerra es el deseo de hacer daño, la crueldad de tomar venganza, el espíritu vengativo, la furia de la defensa propia, la codicia del poderío y pasiones semejantes" (1).

Es difícil en verdad justificar la guerra, pues no sólo ha de ser justa sino que ha de estar libre de toda mala intención y de todas las pasiones feas. ¿Ha habido alguna vez guerra sin el "deseo de hacer daño" **(nocendi cupiditas)** o sin el "deseo de dominio" **(libido dominandi)** y otros deseos semejantes?

LA MANERA RECTA

Suárez y Belarmino añaden una cuarta condición a las tres de Santo Tomás, a saber: El **debitus modus:** La manera recta de conducir la guerra.

Víctor Cathrein, S. J., define esa con-

---

(1) *Volkermond oder Volkerbund*, Haya, 1920

(1) II., IIae, 40, I.

dición en los siguientes términos: "La conducta de la guerra debe confinarse dentro de los límites de la justicia y del amor" (1). Esta condición merece atención especial cuando se trata de aplicarla a los métodos modernos de la guerra.

No hay hora en la que la guerra no tope con los límites del amor y de la justicia, y sería en verdad difícil recordar siempre esos límites. Pero hay una limitación que seguramente debe tenerse como sagrada cualesquiera que sean las circunstancias: La diferencia entre combatientes y no combatientes, entre los que llevan armas y los que están desarmados. Es faltar al honor y, por tanto, deshonrarse, el llevar armas contra quienes no pueden defenderse: Contra los ancianos, las mujeres, los niños, y, en fin, contra toda la población de civiles. De hecho se contraría la ley militar cuando se ataca a los indefensos, salvo en casos de inevitables circunstancias, por ejemplo cuando se le pone sitio a una ciudad dentro de la cual los civiles tienen que compartir la suerte de los soldados. Causarles daño es, por tanto, aún en una guerra justa, del todo inevitable; pero si se hace intencionalmente se convierte en crimen que clama venganza al cielo.

Toda la Teología Moral Católica prohibe en los términos más fuertes que se haga daño o que se dé muerte a las **personas** desarmadas, cuando este crimen se hace con directa intención, y sólo lo condona cuando resulta **per accidens,** es decir, cuando resulta inevitable. Esto sigue del viejo punto de vista de la guerra considerada como castigo de una culpa, teniéndose por culpables a los que llevan armas e inocentes a los que no, esto es, la población civil. Tal distinción, desde luego, se basa en asumir que los soldados han constituído el ejército con el fin de apoyar al Gobernante y han obrado con plena libertad de albedrío en vez de ser individuos de un ejército conscripto y, por tanto, estar colocados en realidad en la posición de los ciudadanos a quienes hay que considerar inocentes. Las antiguas autoridades teológicas llaman "culpables" a los que pelean en defensa de una causa injusta, pero consideran "inocentes" a los no combatientes, y mantienen esta regla: Que jamás se justifica matar al inocente por intención directa, siendo perdonable ese crimen sólo cuando ha sido cometido **per accidens.** Francisco de Victoria dice: "Debemos tener sumo cuidado de que la guerra no ocasione males mayores que los que se propone curar. Si una victoria decisiva depende de la destrucción de una fortaleza o de un cuartel dentro de los que estén gentes inocentes e indefensas, no es permisible sacrificarlas para que un número menor de culpables reciban su castigo. Hay que dejar que la cizaña crezca con el trigo, no suceda que, al querer arrancar la cizaña, arranquemos el trigo también".

Está en olvido la idea de castigar la culpabilidad moral, pero perdura la distinción entre inocente y culpable: Y la idea más reciente de todas es desentenderse la humanidad de esa traba para la guerra. Se puede tener toda certeza de que la técnica militar moderna ya no toma en consideración ese distingo. La guerra a base de gases venenosos es guerra que va directamente en contra de la población civil, lo cual es prueba amplia y suficiente de su injusticia y de su criminal carácter asesino.

RESUMEN

Si consideramos las condiciones que justifican una guerra desde el punto de vista de la moral católica, nos hallamos con que la guerra es casi una imposibilidad. Defender o restaurar la justicia son las únicas justificaciones que la guerra puede tener. Como toda fe que se abrigue en que se logren esos propósitos desaparece lentamente al emplearse los medios de la guerra, hallamos que los autores católicos restringen cada vez más la ocasión en que la guerra puede considerarse permisible.

Hirscher ya ha enseñado que, "ante el tribunal de la justicia y de la moral, sólo una guerra defensiva para proteger posesiones inalienables puede tener justificación, y eso sólo después de que se haya ensayado todos los demás medios de solucionar el conflicto sin haberse logrado éxito ninguno. Una guerra agresiva entre naciones es justamente lo que son el robo, el asesinato y la violencia entre los individuos, ¡pero asesinato y robo y homicidio en qué escala! Cualquier guerra por causa de cualquier interés secundario, por innegable que sea lo que se reclame, siempre será contraria al espíritu del cristianismo. Si se trata de cosas que una nación posee, ¿por qué no dejar que la guerra sea?, puede preguntarse. Pero "Sufrid alegremente que os hagan mal" es palabra que fue dicha para las naciones como para los individuos, y el mal sufrido por amor a Dios y por vida de la paz, jamás acarreará deshonra" (1).

El elevado ideal cristiano de que las naciones que sufren injusticia no por ello se deshonran, está tan completamente opuesto a las normas del estadismo moderno, que no nos sorprende no hallar tal enseñanza en ningún otro libro de teología moral. Para hallar el ideal cristiano, tenemos que buscarlo en la enseñanza de hombres como Tagore. Ciertamente Eberle no le reconoce justicia a una guerra de agresión. Mantiene que la única justificación moral de la guerra es la necesidad: Esto es, que la guerra sea defensiva y que de veras evite peores males (2). Y un publicista moderno, Schulemann, dijo en el 1923 que "En conjunto sólo las guerras de defensa pueden ser justas" (3).

Max zu Sachsen explica que "Al Estado debe permitírsele hacer la guerra sólo cuando está en la alternativa de ser totalmente invadido; esto es, sólo que esté en la obligación de defenderse para evitar ser destruído" (4). Aún cuando otros asuman un punto de vista más relajado repecto de la guerra de agresión, todos los moralistas católicos condenan una guerra emprendida por cualquier motivo que no sea haberse cometido grosera injusticia. De conformidad con la unánime enseñanza católica, toda guerra es injusta cuando sirve intereses nacionales o dinásticos, cuando mueve a quienes la hacen la concupiscencia de conquista (el Imperialismo o codicia anexionista), cuando son resultado de intrigas de Gabinete, cuando se las emprende por la religión, en verdad, la vasta mayoría de las guerras del pasado. A los hacedores de esas guerras quizás haya que excusarlos, pues actuaban de conformidad con el espíritu de su medio ambiente, pero seguramente que no merecen el elogio de monumentos nacionales ni la loa de los cantos patrióticos. La sentencia que la conciencia cristiana dicta sobre ellos es bien distinta de lo que los mármoles y los versos dicen. Con voz de San Agustín la conciencia cristiana llama "robo colosal" a la guerra injusta, aún cuando sea guerra que la patria propia emprendió.

Aquí volvemos a la vieja enseñanza de San Agustín y de los tomistas, apoyada por Suárez y Belarmino, con sus cuatro condiciones esenciales para que una guerra sea justa. Parecerá extraña esa doctrina; parecerá fuera de lugar, en el

(1) *Moralphilosophie*, II., S., 744. Freiburg, 1911.

(1) *Die Christliche Moral*, III., 5, 714, Tübingen, 1838
(2) *Krieg und Frieden im Urteil chr. Moral*, S. 8.
(3) *Kern aller Philosophie*, S. 138.
(4) *Max zu Sachsen Ratschäge und Mahnungen sum Volkssund Menscheiswohl.*

mundo de hoy, buena sólo para el Claustro, de donde surgió: ¡Tanto peor para el mundo! Durante los últimos siglos el nacionalismo y el militarismo han oscurecido y confundido en tal forma la conciencia del mundo, que ya no puede esa conciencia aprehender ninguna idea moral nacional. ¡Ay de la moralidad si capitula! No sólo la moralidad debe adaptarse a los hombres, sino también los hombres a la moralidad, aunque sea preciso echar abajo el punto de vista aceptado. **Fiat justitia pereat mundus,** dirá el mundo despreciativamente; pero no, que diremos nosotros, pues debemos decirlo, **Fiat justitia floreat mundus.** La civilización europea ha fracasado no a causa de la moral de la guerra de la edad media sino por la inmoralidad de la guerra de la época moderna. Si ha de haber mejora alguna, hay que vencer la anarquía moral que ha surgido, entre los diversos Estados, de la idea del Estado absoluto. La **lex aeterna** que está por encima de todos los Estados y que es base de justicia, debe de nuevo ser el fundamento del Estado. Las naciones no se debilitarán por la necesaria limitación que se les imponga a sus derechos, sino que, al contrario, se fortalecerán. El mundo, la civilización, la sociedad, la Iglesia, todos claman que la guerra sea abolida. Un mero sentido sentimental de esa necesidad no basta y no puede satisfacer a ningún hombre pensante. La abolición de la guerra, o por lo menos la posibilidad de reducirla hasta casi abolirla, deben basarse en un sistema moral claro y bien razonado. Creemos que la teoría agustino-tomista puede prestarle al mundo y a la Iglesia este servicio. Precisamente porque hace tan difícil la **raison d'etre** de la guerra, resulta ser esa teoría la más práctica y la más útil que puede razonarse por completo y adaptarse a la nueva conciencia moral que ha nacido de la agonía de la guerra mundial. La conciencia moderna exige imperativamente aquel **judicium superioris,** aquel tribunal de justicia que esté por encima de las cortes de los Estados y de los derechos de las naciones, cuyo fracaso constituye, según Santo Tomás, la única justificación de la guerra.

Franziskus Stratmann, O. P.

INDICE



Sirena en el aula

= *Envío del autor* =

A *Julia Chavarría Dávila*

Es lo común, cuando Homero ha enajenado nuestra fantasía y se piensa en sirenas, colocar a éstas en un marco de silencios regulados y espumas murmurantes. Luces, vida y color. Y uno en sí mismo. Tal fué mi convicción en los tiempos de profesorado. Mi desdichada suerte quiso que nunca llegara a conocer una sirena, y los años siguieron adelantándose a mi paso, retardado por el orgullo de haber compuesto aquella frase que tan bien sonaba. (Fíjese usted: ¿no le agrada aquello de "silencios regulados y espumas murmurantes"?) Esa hada malévola que hoy se llama "Jefatura del Departamento", en vista de mi comprobada inconstancia para interrumpir los sueños felices de los niños—veo, estoy viendo la hinchazón burocrática del jefe al dictar el acuerdo—me privó de mi carácter de maestro para asumir el de inspector de escuelas, transformación que me llevaría mucho tiempo para aprender el nuevo papel. No más estarme en el aula anchurosa, con mi erguida insignificancia de antena, recogiendo en devota concentración el constante retozo de inquietudes infantiles.

¿No ha oído usted decir alguna vez que Dios sabe lo que hace? Verdad rotunda, amigo; porque a no ser por el cambio de designación que me otorgó un jefe apegado vilmente al medio y al modo del funcionario cumplido, nunca mis ojos—estos mismos ojos con que a usted le estoy mirando—hubieran llegado a tener, en los límites sentimentales de la cercanía, a una sirena. Una sirena, sí señor: una sirena de esas que hoy sólo pueden hallarse en el disciplinado batallón tipográfico de ocho puntos, en una edición barata de Homero—o entre aquellas inefables figuras de azúcar, sirenas con guitarra, que despiertan la gula del niño pobre en los mercados populares.

Suele ocurrir de la siguiente manera: sale uno de su casa, con el nombramiento de inspector de escuelas en el bolsillo izquierdo de la americana. Para iniciar las funciones, se dirige el andar a la zona determinada. (Nuestro vivir también se divide en zonas: de necio se puede pasar a imbécil). Conviene que al poner su personalidad escrita en letras de Remington en manos de la directora del kindergarten, adopte maneras y actitudes solemnes. Después, no es extraño que cuando usted ha cedido el lado derecho a la matrona—como debe hacer toda persona decente—y ella se dispone a mostrarle la organización de las aulas, surja un feliz e imprevisto llamado del deber, que a usted le proporciona el alborozo de quedarse abandonado en un corredor cualquiera del colegio, a solas con su soledad. Es lo que me ocurrió el primer día de inspección. (¿Inspeccionar qué? Las guaridas del corazón quedan ocultas).

Me quedé inmóvil, con desahogado placer, en el caudaloso perímetro que ocuparon los ochenta kilos, ya ausentes, de la directora. En donde estuvo aquella mole de grasa, ahora se instalaban los jóvenes aires del jardín y el sembrado. En una extensión acariciada por el sol de enero, veía un leguminoso ejército de húmeda y simétrica verdura, con los pies sustentados muy adentro de la tierra, como todo ejército que defiende instituciones. Hasta mucho tiempo después he venido a dilucidar por qué entonces precisamente me dí a entretejer recuerdos de mis viajes por mar. ¿Usted supone que la vista de las legumbres me trajo ese pensamiento? Se equivoca, mi querido señor: nunca viajé en tercera clase de los vapores. Donde yo viajé servían carnes exquisitas. Y se bailaba.

Fué otra cosa: se llegaban hasta mí, en ondas oscilantes entre el silencio y el fragor, definidos rumores marinos. Si usted cerraba los ojos, tenía la certeza de estar contemplando y oyendo la agitación salvaje de la ola, que golpea los maderos. Pero no convenía cerrarlos: la impresión de bogar en las líquidas llanuras era más exacta siguiendo el bullir de un confuso tropel de nubes, entonces de paso en la mitad del patio. Parecía que era la embarcación imaginaria la que iba dejando atrás las móviles blancuras. Y el impreciso rumor de oleaje seguía desenvolviéndose, con todo el ritmo y diapasón del mar, que usted y yo tenemos tan sabido.

Atreví unos pasos hasta el lugar a que quiso conducirme mi presentimiento de la playa. Aquello no era propiamente una playa. O sí lo era—¿sabe?—pero algo extraña. Las olas eran representadas, como en cualquier teatro de vanguardia, por unos diablillos animados, hermosos y traviesos. Gritaban. Era la suma de todo ese júbilo despreocupado el rumor que yo percibía a la distancia. No se imagine que la seguridad de hallarme frente al mar se vió desvanecida. Porque además de que ante el espectáculo la suposición no sólo esquivaba la derrota, sino que se iba ciñendo a los contornos de una realidad vivida y palpable, mis ojos presenciaron el prodigio: flotando como una sirena en aquel mar de buenos colores y rebeldes sonidos, esbelta, rotunda de perfecciones, con la cabellera alborotada y el otro océano de los ojos lleno de humedad y frescura netamente submarinas, se dejaba mecer por el dichoso oleaje de mi hallazgo la figura mitológica—y tan cierta y amada—de Yula.

Antonio Acevedo Escobedo

México, D. F. 1932.

ADMIRAR

Macaulay y los clásicos

= De *El Sol*, Madrid =

Hay una página en el ensayo de lord Macaulay sobre Bacon rescatada del general olvido que cubre sus escritos, gracias al cuidado con que G. O. Trevelyan supo espumar en ellos. La admiración que Trevelyan sentía por el gran historiador y ensayista le ha hecho un servicio cuyo valor puede estimarse hoy sobre todo. Cuando nadie lee ya a Macaulay, ni en su propio país, a lo que se me dice, la colección de trozos escogidos hecha por Trevelyan se reedita continuamente y es un libro popular. Si las grandes construcciones de Macaulay interesan poco hoy al lector de Historia, sus admirables páginas sobre la vida de otros tiempos, sus famosos retratos, su excelente crítica literaria, son, ahora como siempre, páginas de deleitosa lectura, y a ello contribuye el que sus pacíficas ideas vayan expresadas en la más perfecta prosa que se haya escrito en inglés después del doctor Johnson.

Me es grato, de vez en vez, volver la vista sobre las selecciones de Trevelyan. La prosa de Macaulay es de un efecto sedante para la agitación de nuestros días, y aun puede servir de estímulo para un escritor que piensa con aflicción en la próxima ruina de su estilo, cuando el comunismo de las letras—que comenzó seguramente con el primer diario—haya arruinado todo estilo personal. Si la literatura es sólo un medio (y en los periódicos apenas es otra cosa, ni en rigor debe serlo), ¿para qué los estilos personales? André Suarés o Giradoux no escribirán más en periódicos; pero un "buen estilo" a lo Macaulay siempre hallará cabida en ellos, limpio, sencillo, sin arrequives ni floreos. Un buen estilo, que es, en resumen, la conciencia del escritor.

En su ensayo sobre Bacon, Macaulay deriva de la lectura de los clásicos un efecto, una lección semejantes. Aun todavía su frecuentación, como el comercio con las gentes de prócer andadura, produce un modo de comportarse, literariamente a lo menos, comparable al modo con que en lo social influye ese trato. Una formación del carácter. Colocados fuera del tiempo y del espacio, los clásicos fueron retirándose a un reducto donde la pasión no los alcanza, y al que no va ya a buscarlos ningún hombre discreto en actitud polémica. "Just such is the feeling which a man of liberal education naturally entertains towards the great minds of formen ages". Si hay alguien que pueda proporcionar generosamente esa "liberal education", ha de ser un escritor desligado de todo vínculo con nuestros intereses, incluso como civilización.

Se diría que la pluma de Macaulay se ha detenido un instante al escribir esas dos palabras, "liberal education", y que esa pausa era como un modo de hacer homenaje a un concepto de la cultura que, en él y en su tiempo, resumía los más altos matices de la respetabilidad literaria. Macaulay debe a los clásicos la distinción de su prosa, su reputación de literato. Les debe todavía la tranquilidad de su humor, el reposo de su espíritu, su ecuanimidad. Su posición ante los clásicos, sus "feelings with regard to great authors", significan, ante todo, reconocimiento; en seguida, el debido respeto. Los admira, desde luego; pero sobre todo alaba la comodidad de su trato. Ni emulación ni capricho, ni la inconstante fortuna ni lo mudable del temperamento, pueden afectar su silencioso departir con los más altos ingenios. Ni celos ni resentimientos pueden turbar la placidez de su comercio. "Son viejos amigos a los cuales no se verá jamás con nuevas caras, iguales en riqueza y escasez, en la reputación y en la oscuridad. En los muertos no hay cambios. Nada enojará a Platón. Cervantes nunca pecará de petulancia. Demóstenes nunca vendrá a destiempo..."



Es fácil que el lector actual acoja con sonrisa esa manera comodona. Un procedimiento, en suma, de admirar sin riesgo, que es antagónico con el concepto batallador que tiñe a los sentimientos admirativos desde hace un siglo, desde los buenos años románticos. Macaulay se somete blandamente. La admiración en él es un refugio. Busca calor y sosiego en los clásicos. Al otro lado del canal, en unos coetáneos suyos, en los propulsores del romanticismo francés, la facultad de admirar parece haberse desplazado de esas zonas olímpicas. Cuestión quizá de temperatura cordial. El Olimpo neoclásico que precedió al movimiento romántico era yerto para las almas, glacial para las iniciativas. Imponer vino a ser el verbo correlativo de admirar. Lo que en Macaulay era paz, en los románticos iba a ser batalla.

La actitud no ha cambiado apenas. Lo que sí ha cambiado es el contenido de la admiración. Bajo este título, ¿se esconde hoy algún sentimiento cordial, algún sentido de respeto? Admirar, mirar de hito en hito, como en una contemplación. ¿Cuándo la admiración nos detiene un instante? Mejor que admirar, lo que hacemos es afiliarnos, mas sin sentimiento filial y sin que ese admirar nos trace nuestra filiación, porque apenas hacemos más que tomar partido, enrolarnos en un escuadrón. Lo que hoy hace la admiración lo hacía ayer un Club. Todo lo más, admirar es entrar en una peña.

"La admiración es el amor de los espíritus", escribe André Suarés en alguna de sus más nobles páginas. "Nada es más puro que este sentimiento. Las almas comunes no admiran nunca grandemente, y en las almas grandes nunca la admiración es mediocre". Alma grande, si las hay, la de Suarés; ¡pero cómo me suena a otra época! "Admirar es un impulso de la vida noble; un impulso sin cálculo. La admiración es frecuentemente heroica. Por eso ocurre que los jóvenes admiran de tan buena gana, y tan poco o de tan mal talante, las gentes que han empezado a hacerse viejas..." Los jóvenes... Tal vez. Suarés debe de haber sido más afortunado. En la juventud que yo veo, la admiración ha sido sustituída por la diatriba, por la negación sistemática, por un prurito de empequeñecer, de castigarlo todo con tres o cuatro vocablos peyorativos. Es la consecuencia de la actitud romántica, en donde la admiración se convirtió en lucha. Cuando las almas carecen de aquel temple, la lucha apenas puede ser sino disputa y ruido de palabras.

"Se admira tal como se es en el secreto de la conciencia. Ciertos seres viles se traicionan admirando vilmente: se sirven de lo que admiran para envilecer lo que odian e insultar lo que no pueden comprender". Prescindiendo del noble vocablo que es admirar, traduzco el párrafo para alguna crítica al uso, oficio en el que ha venido a dar la admiración romántica. Admirar regaladamente a los clásicos no es fácil. Hace falta una "liberal education", y nuestros tiempos son de economía. Pero admirar a los que comparten a nuestro lado las crudezas de la vida es un empeño imposible. No lo achaquemos a ruindad de los individuos. Debe más bien de consistir en la mala mecánica de nuestra sociedad.

Por las mismas razones que Macaulay aduce, Romain Rolland ha hecho de la crítica un modo de religión a la mayor gloria de los genios que comenta. Haber hecho de Beethoven un dios laico es ya un buen tanto para la crítica. Pero decir de un músico como Paul Dupin, a quien nos encontramos cada día en la

(*Pasa a la página 303*)

El programa del Aprismo

= De *El Tiempo*, Bogotá =

Compañero Seoane:

En cortos días vivaces hemos trenzado un amistad en la que yo he sido beneficiado con incontable cantidad de conocimientos. He aprendido, ante todo, que la emoción es una fuerza diáfana que se dispara siempre al aire y que no yerra jamás sus golpes. Hé aquí cómo con la sola inercia de una jornada purificadora hecha por el partido aprista en el Perú, usted ha empapado de animación un grupo de gentes a quienes, en buena cuenta, habría de dárselas una higa lo que estuviese sucediendo en Lima. Hace mucho que yo tengo el concepto de que las ideas que no llegan a los hombres con una fuerza posesiva sexual, se pierden. Detrás de las ideas se necesita siempre una emoción masculina de presa, que las cubra de carne y que las acantile contra la indiferencia de tal modo que quien esté sosteniéndolas sienta que el roer de los que no creen, de los que ríen o de los que desconfían se estrelle en perpetua marejada. En política hay que tener ese fanatismo luminoso que los anima a ustedes. Llega un instante en que la evolución de la idea debe cortarse, para lanzarla sobre las multitudes redonda o aguda, pero precisa y acabada. El que la lanza no tiene más que hacer con ella. La masa, al recibirla, la va modificando, paliando, puliendo, y el partido político se presenta entonces como ese aprismo en que cada hombre es un grito, cada grito una emoción y cada emoción una idea. Como debió ser sobre la tierra adormecida por el paso metálico de los gendarmes y el desfilar silencioso de los políticos de turno rapaz, ese abrirse del aprismo, como una conciencia, un pensamiento, un plan, una mística. Basta sólo mirar los rostros de sus nueve compañeros sin tierra, para ver cómo en ellos, diversos, están como quemados por una febril inquietud de pregonar, de repartir, de comulgar ecuménicamente con ese rotundo pensamiento aprista que les ocupa todos los recodos de su acción y de su sensibilidad.

Hace algún tiempo que, por causa de la transformación ocurrida aquí el 9 de febrero de 1930, las más ilustres gentes de los dos partidos se entregan a una pueril riña y a un remate ingenuo para saber quién da más. Quién da más a las masas, en promesa o en programa de izquierda. Los mocetones y maduros políticos de la izquierda lanzan sus programas de justicia y la derecha contesta en una puja desigual y pasiva: también nosotros haríamos eso. El conservatismo puede ir más allá de todo lo que el liberalismo proponga. El liberal repuja. El conservador dobla. Los dos partidos, a espaldas del remate, se miran con sorpresa. No queda ya ninguna barrera entre el hombre medio conservador y el hombre medio liberal, y de la lucha verbal se está formando un programa vertiginoso, inaplicable, desconectado de Colombia, porque hace tiempo que hubimos de echar mano a los adelantos políticos externos, para defendernos del adversario y de los impacientes rematadores.

Cuando exponía usted el programa aprista se encontró ante un grupo de líderes de los dos partidos tradicionales, que iban de pesca y cacería a saquear los sotos abiertos de un partido que se dice con justicia americano. Aquellas sonrisas maliciosas, aquellos guiños de ojos, y hasta aquellos aplausos frenéticos que escuchó usted en momentos en que bien los merecía, pero que eran inferiores a otros en que exponía usted desnuda y pura la teoría económica aprista, obedecieron a esa conjura anterior, que usted no tenía por qué conocer. Cuando usted hablaba de los vicios económicos y las flaquezas de nuestra dependencia y coloniaje de la industria extranjera, cuando dibujaba usted la sórdida marcha hacia la dominación por un organismo ansioso, productor infatigable y explotador de la materia prima del continente, estábamos todos en tensión. Usted era un boxeador con la sombra. Pero cada golpe que dirigía usted al aire, aparentemente, tenía al remate un caso colombiano que nosotros estábamos empujando hacia su puño, con ferocidad y alegría sectaria. Cuando habló de la escuela laica y la escuela única, cambiaron las manos que aplaudían y muchas guardaron una quietud dramática. Pero cuando siguió usted hasta el modo como el aprismo se proponía resolver los problemas peruanos, estoy seguro que todos sintieron el regocijo de nuevos ricos de las ideas, y se dijeron para sí, de la derecha y la izquierda:

—Bah! Nosotros vamos más allá de todo eso!

Compañero Seoane: yo sé que usted viene de vuelta de un viaje que estamos emprendiendo liberales y conservadores colombianos, con un estremecimiento de aventura. Su partido tiene para mí el mérito mayor de un partido; ustedes han querido ser responsables, cargar sobre los hombros un Perú irredento, pero no han ido en su programa una línea más allá de lo que podían realizar. Cada uno de ustedes está sometido a un código de promesas, y nadie puede lanzarse a conquistar afecciones políticas, con una bandera solitaria y atrevida. El aprismo ha dicho: somos socialistas. El socialismo tiende naturalmente hacia el internacionalismo. Cortamos al socialismo esa promesa humana, y lo presentamos a los peruanos no mutilado, sino podado. El Perú, no puede, tal como está hoy, emprender una lucha contra la economía capitalista internacional, y le bastará para hacer gran



Manuel Seoane

Un gesto heroico

Sin duda la más atrayente personalidad extranjera que nos ha visitado en los últimos tiempos es la de Manuel Seoane. Fue muy poco conocido del pueblo, porque guardó en todos sus actos una discreción perfecta, una calculada condición de pasajero. Sin embargo, quienes le tratamos no habremos de olvidar en muchos años ese muchacho sonriente, seductor, apasionado por sus ideas, observador penetrante de las ajenas, que tiene sometido el mundo que le rodea a una concepción marxista de los hechos, una concepción económica y matemática. Líder de una política que está predestinada a triunfar, Seoane piensa en el futuro para cada uno de sus actos presentes. Una pureza de vida que se trasluce en todos sus gestos, le da autoridad sobre el auditorio, aunque apenas le conozca. Cuán distinto del tipo humano del político sutil, melindroso y zorro de América Latina! No nos halagó una sola vez, no buscó nuestra simpatía. Ofreció la suya cordialmente, sin ostentación. Un gran caballero, Manuel Seoane, es una idea en marcha, y no utiliza ninguno de los medios que la industrialización de las ideas han hecho lícitos para propagarlas. Le tocó vivir entre nosotros la gran tragedia que constituye la prisión de su hermano, y la llevó en un silencio sobrio, heroico, apenas traduciéndola a menudos movimientos de pesadumbre.

Lo que pasa por el alma del político que en un telegrama espartano ofrece su vida, como ofrecería un cigarro, es más o menos esto: Juan Secoane, su hermano, es un juez. Pertenece, como Manuel y su familia patricia, a la aristocracia limeña, orgullosa, aislada, indiferente a los problemas nacionales. En el alma de Juan había más influencia de la vida extinguida del padre civilista, aristócrata, conservador, que de la agitada, popular, poderosa y emocionada de Manuel, el hombre a quien más quiere el pueblo de Lima, que lo bautizó con el nombre de "el cachorro", con cariño paternal y efusivo. El cachorro tenía en Juan un admirador y un adorador pasivo, que jamás se creía en la obligación de vincularse a la tormenta permanente de la vida de Manuel, aunque le despertara una emoción profunda y ansiosa. Juan tiene cuatro chiquillos y con ellos y su esposa vive en el ambiente social de Lima, apartado de todo lo que no sea su profesión de justicia, y su deber. Cómo se vinculó al atentado de Melgar? Todo nos inclina a desconfiar de la perspicacia de la investigación, y mucho a creer en su parcialidad. La pistola de Juan

(Pasa a la página 300)

parte de la felicidad de sus hombres hacer la liberación interna de un dominio internacional en el Perú. El comunismo ofrece más: ofrece un mundo de trabajadores, dueños de los medios de producción, dueños de la tierra, compartidos en un trabajo remunerado en su valor esencial, todos los beneficios de la producción. Pero el Perú no puede realizar ese pensamiento, y quedaría aislado dentro de las mallas que ha tejido el capitlismo internacional sobre la tierra peruana, y muchos siglos, antes de que llegase la desaparición de esa máquina poderosa, el Perú no tendría sino un partido de crítica, mientras irían pereciendo en la colonia las energías de millones de hombres que hoy se muelen en el engranaje indomable de la organización actual. El aprismo es un partido que va a conquistar el poder dentro de un año, dentro de dos, tal vez dentro de diez. Comienza, pues, por limitar el plan de acción al Perú. No va a confiscar el capital extranjero, ni a entregar al estado los medios de producción de ese capital, porque todo él tiende a completar una vasta organización externa, y el Perú aun dueño otra vez de sus riquezas primas, hallaría bloqueados sus puertos, cerrados a piedra y lodo los mercados, y le faltaría, ante todo, un capital de iniciación del trabajo que no podría hacer de pronto, sino que tendría que venir en inmigración. Ahora bien: qué país, qué banqueros, qué accionistas son aquellos que van a dar al Perú, una vez rota la jurisprudencia capitalista, ese capital inicial? Qué barcos van a transportar las materias primas producidas por un mecanismo que está fuera de las leyes internacionales del capitalismo? No. El aprismo va al poder, y ofrece al pueblo peruano no el rescate estéril de su riqueza, sino la participación justa en el capital que se produce con la riqueza peruana, pero por el capital extranjero. Se puede realizar ese plan, sin esperar la reacción de las finanzas internacionales? Sí. El aprismo sabe que el capital absorbente busca materia prima para manufacturar artículos, pero no ignora que esos artículos necesitan consumidores, y que América Latina es un vasto continente con consumidores que no consumen hoy, pero que pueden elevarse al nivel voraz de los consumidores de Estados Unidos. Hay, pues, una exigencia mutua. El aprismo va al poder a negociar esas dos exigencias, y a sacar el máximum de ventajas para el Perú. Al llevar a un plano de equidad las relaciones con el capital extranjero sale ganando el Perú. Pero también es cierto que ese capital que se consolida así sobre una base justa, deja de estar a la merced de la demagogía, del motín, del odio criollo y encuentra más fáciles las vías de expansión controlada, ordenada y moderada. Mientras subsistan las relaciones extravagantes de un país que da todo, desde la materia prima hasta el consumidor, y recibe apenas un porcentaje mezquino para sostener un fisco atribulado, el capital extranjero no está seguro. Sobre él penderá la amenaza de la revuelta chauvinista, y la ira lenta de los pueblos irá acumulándose con fervor pausado.

El aprismo viene de regreso de la lucha de clases, porque comprende que la lucha de clases en un país donde todas están en igual desamparo, es una monstruosa guerra civil con el enemigo en la puerta, y rondando. El imperialismo de que habla Seoane en nombre del aprismo, no es el que chillan las ocas domésticas de la oposición nuestra. El imperialismo es un fenómeno que no tiene interpretación en signos distintos de los aritméticos. No es que haya tres técnicos americanos, ni es una concesión infortunada, ni es el respeto de un pueblo pequeño por un gran pueblo. Es una economía fuerte luchando, sin saberlo probablemente, contra una economía débil, y no es el capital de Estados Unidos, ni el de Wall Street, sino el capital del mundo, organizado en un sindicato que no tiene fronteras, y es el imperialismo de una producción superior, más barata y dotada de una movilidad frenética. Qué puede hacer un partido con una tesis económica? El secuestro de la propiedad adquirida legalmente por el extranjero? El encierro absoluto dentro de barreras aduaneras celosas? Ni lo uno, ni lo otro. El productor de materia prima tiene competidores, y el comprador de materia prima que ve cerrado el paso a sus productos, puede tomar la revancha. Además el productor corsario, que tal sería considerado el país que se incautase de los medios de producción del capitalismo extranjero, y los hiciese nacionales, encontraría el sistemático bloqueo a sus productos. El único programa de gobierno ante esa situación, es el que se traza el aprismo: producción, protegida por el estado, racionalizada intensamente, hasta abastecer el consumo interno. Luego, para otra etapa, el capitalismo de estado, que se va formando con las acciones estatales en las empresas privadas, a cambio de la protección y el auxilio a la industria criolla, y después, la tercera etapa: el socialismo, la socialización de los medios de producción y la socialización del capital. Es decir: para defenderse del sistema capitalista imperialista, hay que entrar ante todo en pactos decorosos con él, y luego el estado debe ir siguiendo la ruta de las grandes empresas industriales internacionales. Adquirir por un sistema que podría llamarse imperialismo del estado, poco a poco, los medios de producción del país, para entregarlos a los trabajadores, cuando les haya formado la conciencia de su trabajo, la conciencia de trabajadores. Por tres etapas promete el aprismo llegar al sitio a donde enfáticamente ofrecen entrar en una sola, de salto, los extremistas de la izquierda.

Los chauvinistas se codeaban ayer, compañero Seoane, con regocijo. Aquí tenéis, decían, el caso del Perú. Hacia allá vamos nosotros. No será ello así, sin embargo. Esta crisis económica del mundo, que detuvo la expansión por falta de fuerzas en mitad de su camino, nos ha abierto una ruta nueva que hemos comenzado a andar, sin darnos conciencia exacta de lo que es. El Perú quiere frenar, pero desgraciadamente se había ido mucho más lejos, porque le faltó la conciencia de los gobernantes. Cuando el pueblo comienza a reaccionar, y a suplir la conciencia del gobernante, es ya tarde. Aquí el gobernante ha ido interpretando con pasmosa celeridad la conciencia popular. Hemos dictado en el transcurso de cuatro meses y cuando se temía la gente que el gobierno hubiese entrado en el "entreguismo", las leyes más nacionalistas que se conocen por este hemisferio. Usted y yo, compañero Seoane, hemos tenido oportunidad de comentarlas y admirarlas. Los chauvinistas siguen gritando por Mr. Rublee, Mr. Kemmerer y Mr. Roddy, y por la garra americana, y el atropello imperia-

lista. No ven, no quieren ver las aduanas cerradas, hasta donde lo permite la lógica, y la marcha del poco capital criollo hacia la producción, para abastecer el consumo nacional. En cambio, el chauvinismo, hace tres años, amenazaba con los puños cerrados hacia afuera, y dejaba las aduanas abiertas, y fomentaba la importación de mercancía estéril con la atracción que ejercía un pueblo de nuevos ricos, despilfarrando trescientos millones con rapidez cinematográfica.

Pero el nacionalismo solo no es, ni con mucho, un programa. El mundo al fin será de todos los trabajadores. Vamos hacia el mundo, definiendo desde ahora la ruta. El aprismo traza el camino hacia la socialización, pasando por tres etapas. Nacionalismo, como medio, no como fin, producción y capitalismo de estado, y luego cesión del estado a los trabajadores de los medios de producción y del capital acumulado.

Compañero Seoane: el aprismo gobernará al Perú, seguramente. Tiene necesidad de conservar toda su firmeza, y el arresto puro de sus hombres. El fervor no dura cuando se le traza a una república americana un camino para recorrerlo en 20 años. Pero en cambio, perdido el fervor, queda el respeto. Mientras el aprismo se haga respetar como hoy, por su sinceridad, su honradez y su claridad sin sofismas, podrá realizar la trayectoria que se ha trazado, sin que el pueblo le pierda la fe.

La gran lección que me deja usted, compañero Seoane, es esa. No hay que engañar. El pugilato ridículo de la fantasía política, arruina los nervios de la multitud, y le relaja el vientre. Sólo una absoluta sinceridad con el pueblo, lo puede preparar a la lucha paciente, desde el gobierno, hasta que el pueblo logre identificarse con el estado de tal manera que el estado pueda ir desapareciendo con su maquinaria feroz, audaz, intervencionista, como hoy la necesitamos para llegar hasta ese día.

Día que tal vez no veamos usted y yo, pero que vendrá cuando nuestra huella haya desaparecido.

Mientras tanto, agradezco de veras la esperanza recortada, sumisa y realizable que deja usted entre nosotros.

Alberto Lleras Camargo

Sobre una sentencia de muerte

= De *El Tiempo*, Bogotá =

Ratifico ahora las declaraciones hechas a la prensa colombiana y mundial a raíz del suceso lamentable de Miraflores. Nuestro partido repudia el atentado personal como método político. Lo condena por bárbaro y por inútil. La sangre vertida no alcanza a provocar una transformación auténtica. Las riendas del gobierno se arrancan de las pálidas manos de la muerte y se ponen bajo la nerviosa presión de otro brazo que ostente bocamangas con galón. Por eso nuestra lucha tiene cada vez menos sentido individualista. Es obra de convencimiento, de captación de conciencias y de organización, o sea captación de energías.

Si hubiéramos de hacer un balance de responsabilidades, grueso saldo arrojaría contra quienes despotizan pero no gobiernan. La turbia ola de sangre y dolores que recorre el Perú tiene que provocar estos estremecimientos vibrantes. El joven fanático, iluminado, generoso aunque en error, siente la encarnación de Sacha Yegulev. Su brazo se yergue. Lo sostienen sus ideas, pero lo han armado los enemigos de arriba. El puño del pueblo se alza como respuesta a las bofetadas del poder.

Ahora Melgar y mi hermano Juan están condenados a muerte. Pasearán por sus breves calabozos, ante sus rígidos centinelas de vista, en el fino cuadrilátero de cemento, más duro por la ausencia del lecho, y de lugares de descanso. Pasearán, como desde hace un mes largo, esperando la conmutación o la ejecución de la pena, en unos días de "capilla" interminables, los más largos que se conocen en la turbia historia de las torturas morales.

Yo sé que mi hermano no tiene otra culpabilidad que la de ser mi hermano. La venganza contra el partido, o contra uno de sus dirigentes es tan clara que es un secreto a voces en el Perú. Si la pistola — cuyo objeto preciso desconocía Juan Seoane— la hubiera entregado a Juan Pérez, a estas horas Juan Pérez sería nada más que un hombre destrozado por la descoyuntación, pero no condenado a muerte.

Fué por eso que yo me ofrecí a sustituirlo. Sé que mi hermano es un hombre y un aprista de conciencia. De ahí su estupenda serenidad y su firmeza para jugarse empleo, hijos y vida. Basta relatar dos anécdotas suyas: Acudió el ministro de gobierno hasta su celda de la penitenciaría para decirle:

—Su pena habrá de conmutarse, pero usted debe declarar, previamente, la complicidad del partido y de sus dirigentes.

—Sé que me condenarán a muerte, respondió Seoane. El precio de mi vida no puede ser una traición y una infamia. Y sepan ustedes que mi muerte habrá de costar la de muchos otros.

Horas más tarde lo llaman para leerle la sentencia de muerte ante la Corte Marcial reunida en privado. Mi hermano responde:

—Esperen un momento. Me voy a dar un baño.

—No hace falta. Está usted condenado a muerte. Salga en seguida.

—Dígales que esperen. Voy a la muerte con la conciencia limpia. Quiero también llevar limpio mi cuerpo. Aguarden unos minutos. La lluvia es muy agradable.

Pero yo no quería que la muerte lo hiriese por reflejo. Quise poner el blanco verdadero ante el gatillo de los enemigos. Me solidaricé y me solidarizo con mi hermano. No en su delito, pues no lo tiene, sino en su inocencia, que es absoluta. Pertenezco a un partido que no sabe pedir clemencia, pero que acepta serenamente su responsabilidad. Nosotros no rogamos que la sentencia no se cumpla. Cuando las hienas tienen sed, nos satisface darles de beber. Pero no queremos que beban por equivocación. El ofrecimiento subsiste y yo a veces me miro el tórax, sobre el que dibujaría las cuatro letras de mi partido, para que sirvan de miras a los guardianes. Los apristas no tememos el más allá cuando sabemos que nuestra muerte es semilla de un porvenir mejor.

Mas, la opinión extranjera debe ser enterada de otras cosas. Es necesario que se sepa que la pena de muerte no existe en el Perú, según el artículo 21 de la Constitución del Estado, sino para los casos de homicidio calificado y de traición a la patria. El intento de homicidio, y la complicidad, no están incluídos y por consiguiente la pena de muerte no puede aplicarse al suceso de Miraflores. La Corte Marcial se apoya, tanto para su funcionamiento como para la sentencia, en un decreto-ley número 7060, que se dice declarado en vigencia por el congreso. Pero ese decreto-ley, creando las cortes marciales y señalando la pena de muerte, fué derogado por el 7061. Además, la vigencia del mismo requiere, por implicar modificación constitucional, dos tercios de la asamblea constituyente y sólo obtuvo 43 votos sobre un total de 133 representaciones. Como si esto no bastara, aunque el decreto fuera legal, no es posible que tenga efecto retroactivo, o sea que su promulgación por el congreso, en caso de ser legítimo, no le daría fuerza para juzgar el suceso de Miraflores producido dos días antes de su promulgación. Este principio universal lo consigna, expresamente, el artículo 26 de la constitución peruana que determina que los delitos deben juzgarse conforme a las leyes preexistentes.

Tamaña aberración jurídica, que implica una delincuencia de hecho, bajo un disfraz legalista, ha sido severamente condenada por las dos instituciones más altas del Perú: la universidad mayor de San Marcos y el colegio de abogados.

En efecto, dice el rector de aquélla, doctor José Antonio Encinas, en nota dirigida al gobierno con fecha 15 de marzo: es "una sentencia que se aparta de las normas fundamentales contenidas en la constitución vigente y en la legislación penal, normas que armonizan las necesidades de la defensa social con los derechos más sagrados de la persona humana".

Por su parte, el decano del colegio de abogados, doctor Diómedes Arias Schereiber, de filiación política sanchecerrista, dice: "La sentencia pronunciada anoche vulnera principios básicos de nuestra ley fundamental. Infringe el artículo 20 de la constitución, según el cual las leyes no tienen fuerza ni efecto retroactivo y fulmina la garantía esencial de los derechos humanos y de la convivencia social contenida en el artículo 26 de la misma constitución que ordena que nadie podrá ser condenado sino conforme a las leyes preexistentes al hecho

imputable y por los jueces que las leyes establezcan".

Ha sido tan poderosa la protesta nacional y americana que, pese a los deseos íntimos del gabinete responsable de estos sucesos, no pudo alinearse la trágica hilera de soldados ante los cuerpos inermes de las víctimas. Y aunque aún no se ha producido la conmutación, cabe suponer que hay mayores probabilidades de que los apristas condenados vivirán en sus calabozos hasta el día que los ilumine el doble rayo de la luz del sol y del triunfo popular.

Tendremos entonces la misma estoica serenidad de esta hora. El Perú necesita justicia y no venganza. Precisa paz y no guerra. Algún día nuestro movimiento habrá de conseguir la paz y la justicia. Fortificado en el martirio, el aprismo continúa su avance. Y es ingenuo que quieran segarlo. No se detendrá ni ante la persecusión ni ante la muerte.

A veces los gusanos se organizan e intentan roer los frutos recién nacidos. Pero cuando la germinación es poderosa, las semillas se transforman en arbustos. Los arbustos se convierten en árboles. Y los árboles forman el bosque, que regala sombra para todos. Incluso para los gusanos.

Manuel Seoane

Panamá, abril de 1932.

Un gesto heroico

(Viene de la página 297)

Seoane,—hombre inerme—no debió tener intención homicida. Aunque la cólera animara el alma del juez aristócrata, por la injusticia cometida con "el cachorro", ahora en rumbo desconocido y difícil, desterrado y perseguido, sin dinero, ausente de su hogar limeño, donde hay una mujer argentina, su esposa, y una niñita de dos años, Juan no pensó, probablemente jamás en el atentado. Melgar, su primo, un mozo puro, animado por un fanatismo de apóstol, creyó romper el obstáculo entre el Perú y el aprismo, obstáculo que era humano, con la destrucción del hombre. Melgar salió de la casa de Juan aquel día, y llevaba un arma que ahora se cree propiedad del juez. La policía olfatea, y entrega la presa. Melgar, estimado por Manuel Seoane como un muchacho maravilloso, Juan Seoane, querido por Manuel con reposado y fuerte cariño, son condenados a muerte. Manuel piensa, desde Bogotá, si no tiene él responsabilidad en esa tragedia. Se siente culpable. En Melgar ha prendido la fe. En Juan ha complicado involuntariamente a un hombre justo e indiferente, por sólo llevar el apellido del cachorro limeño. Y Manuell Seoane ha resuelto entregar su vida preciosa para el Perú y para el aprismo, probablemente más codiciada que la de su hermano y la del propio Melgar, en ese telegrama lacónico, terrible, meditado, que no puede haber nacido sino después de un examen de conciencia dramático y cruel. Hé ahí esas líneas, que dejan una emoción antigua en el alma:

"Sírvase hacer conocer urgentemente gobierno peruano Lima, estoy dispuesto sustituír mi hermano Juan patíbulo, caso manténgase la pena muerte".

Es un estímulo imperativo; con tono frío de telegrama comercial, que nos conmueve como un verso a un griego ilustre.

(El Tiempo, Bogotá)

Hoy cumple un año...

(14 de Abril de 1932)

Aunque una vez puesta la mano en la esteva del arado no conviene volver la vista atrás, forzoso es, en este primer aniversario de la República, detenerse un momento para echar una mirada a la labor que se ha realizado.

Algunos se lamentan de que la República ha hecho poco. No faltan, en cambio, en el lado opuesto, quienes protestan de que ha hecho demasiado.

¿Ha hecho poco?... ¡Poco!... España era una Monarquía patrimonial y es una República democrática. Tuvo un simulacro de Parlamento, hechura del feudalismo caciquil, y tiene hoy unas Cortes Constituyentes, nacidas del libre voto popular. Era un Estado clerical, vinculado a la Iglesia, y es un Estado laico, separado de la Iglesia. Era un Estado militarista y es un Estado plenamente civil, donde el Ejército se limita al cumplimiento de su misión. Era un régimen de plutocracia, basado en el privilegio, y hoy es un régimen de igualdad social. Era un estado reaccionario y es un Estado avanzado y progresivo. Su Constitución era arcaica y su Constitución está hoy a la vanguardia de Europa. Una dictadura había absorbido todos los poderes: hoy todos los poderes emanan del pueblo...

¡Y esto en doce meses!... ¿Cómo puede decirse que la República ha hecho poco cuando ha realizado en un año lo que parece tarea de un siglo?

Los que, por el contrario, afirman que ha hecho demasiado, que mediten serenamente, olvidando los aspectos secundarios, accidentales y episódicos, y que digan en alta voz, mirando en grande las cosas, cuál de los cambios fundamentales arriba enumerados podía haberse omitido.

Luis de Zulueta.

Hoy cumple un año la República. En el año se han realizado estas obras fundamentales:

Primera. Celebrar unas elecciones tan puras como las presididas por Pi y Margall en 1873.

Segunda. Constituir y estabilizar el Parlamento.

Tercera. Aprobar un presupuesto claro, limpio, nivelado y verídico.

Es decir, en un año la República ha hecho esto: construir sobre ruinas un Estado. Un Estado elegido, controlado y sostenido por la Nación. Un Estado que le permitirá a la Nación, dentro de la ley, con la ley y por la ley, ser lo que quiera ser.

Hoy cumple un año la República. En el año, España, por la República, ha visto estas dos conquistas: libertad abajo; autoridad arriba. Con libertad y autoridad la República es ya inconmovible, porque la libertad es estímulo para la acción y la autoridad es garantía de disciplina. Y una acción disciplinada ha sido la fuerza moral y civil que ha edificado en los siglos XIX y XX las grandes potencias europeas. Una gran potencia europea, por la acción disciplinada de los españoles, puede ser, debe ser y será España.

Marcelino Domingo.

La República asegura la libertad de los españoles, les hace dueños de sus destinos. Al mismo tiempo, les carga de obligaciones. Ninguna más grave que la de recuperar la conciencia nacional, estragada por el despotismo. Ahora somos libres, pero también responsables ante nosotros mismos y ante la Historia.

Manuel Azaña.

Si ahora mismo me sorprendiera la muerte y me dejara un instante para sentir y pensar, **sentiría** el inmenso placer de haber visto triunfante la República después de esperarla trabajando por ella cincuenta años, y **pensaría** que el mejor servicio que podrían prestarla mis supervivientes consistiría en discutir con pasión la manera de mejorarla y en prepararse con sincera cordialidad para defenderla siempre que la amenace un peligro.

Alejandro Lerroux.

(Luz, Madrid).

Buenos Aires, abril 1932

Me place reivindicar para España el honor de haber dictado las primeras leyes relativas a la jornada humana, en su relación con la vida y la salud de los trabajadores.

Es claro que esas leyes no se aplicaban con rigor. Los aventureros venían a América con el ansia de la riqueza, y sus procedimientos no se ajustaban a los principios generosos de la ley,—pero eso no amengua el mérito de los que, desde lejos, velaban por la salud de los humildes con un noble idealismo. Y bueno es decirlo en esta querida tierra nuestra donde Alberdi, el más intenso de nuestros pensadores, en su noble afán de hacer grande la patria, pensó demasiado en los sajones y despreció, a veces, el noble idealismo de nuestra raza que él confundió lamentablemente con la ficción y la artificialidad, olvidando que la libertad política había nacido en España; que más debemos a los fueros de Aragón que a la **Carta Magna** y que "la igualdad para todos los hombres", no "para todos los ingleses", tiene su remoto origen en aquellos vascos, todos hidalgos, que se reunían bajo el venerable árbol de Guernica.

Alfredo L. Palacios.

(España Republicana, Buenos Aires).

Estampas

¡Cuánto bueno hay en las páginas nutridas de Gracián!

Gracián está lleno de aliento creador

= *Colaboración directa* =

Mi querido don Joaquín: Si con el artículo relativo a Gracián publicado en la última entrega de **Repertorio** consigue usted lectores costarricenses para el gran pensador aragonés, habrá hecho usted un beneficio más al país. ¡Cuánto bueno hay en las páginas nutridas de Gracián! Pero dudamos que esta indicación suya a la cultura tenga seguidores. Sin embargo, así como dió la sugestión de Carlos Pereyra, debía darnos la de **Azorín**, que se ha empeñado en difundir a Gracián. También la de don Julio Cejador, que prologa **El Criticón** en la edición de Renacimiento, así como la de don Eduardo Ovejero y Maury, que en selecta Biblioteca de Filósofos Españoles ha publicado **Agudeza y Arte de Ingenio** y un tomo con **El Oráculo Manual, El Héroe y el Discreto.** Para quien quiera dialogar con Gracián ofrecen las páginas de esos gracianistas guías admirables.

Hemos tenido por Gracián una devoción ya muy antigua. Fué **El Criticón** la primera de sus obras que llegó a nuestra curiosidad de lector novel. Ruskin, elogiando los buenos libros, dice: "Ningún libro vale nada si no vale **mucho;** ni es digno de servicio hasta que haya sido leído y releído, y amado y vuelto a amar; y marcado de tal modo que pueda uno referirse a los pasajes que necesita como el soldado que se apodera del arma en la armería". Con fidelidad se ha cumplido en nosotros la afirmación de Ruskin, primero en cuanto a **El Criticón,** después en cuanto a **El Oráculo Manual**... Mucho se medita con esta lectura y se vuelve a ella con deleite cada vez mayor. De suerte que empeñarse en conseguir lectores para Gracián es aspirar a poblar un país con gente que tenga juicio propio y fortaleza para mantenerlo. Una aspiración constructiva, sin duda. El arrebañamiento cunde. Todos viven del juicio ajeno. Esperan el parecer extraño para actuar. Y les llega de los listos o de los imbéciles. El resultado es ese tipo mediocre de ciudadano, indiferente, pusilánime. Le nace un miedo profundo por el hombre que manda. Terrible suceso. Gracián enseña a libertarse de semejante esclavitud. Conoce bien el hombre y nos dice: "De modo que sólo el hombre tiene juntas todas las armas ofensivas, que se hallaren repartidas entre las fieras y así él ofende más que todas. Y porque lo entiendas, advierte que entre los leones y los tigres no había más de un peligro, que era perder esta vida material y perecedera; pero entre los hombres hay muchos más y mayores, ya de perder la honra, la paz, la hacienda, el contento, la felicidad, la conciencia y aun el alma. ¡Qué de engaños, qué de enredos, traiciones, hurtos, homicidios, adulterios, envidias, injurias, detracciones y falsedades, que experimentáis entre ellos! Todo lo cual no se halla ni se conoce entre las fieras. Créeme que no hay lobo, no hay león, no hay tigre, no hay basilisco, que llegue al hombre: a todos excede en fiereza".

Cuadro desolador, dirán los hipócritas. Advertencia sabia, diremos los que aspiramos a que los países se limpien de la casta que los pudre y da con ellos en el sepulcro de todas las perdiciones. Enseñar que el hombre no es el modelo pulidísimo que resume virtudes y fortalezas. Abrir el entendimiento a este constante aprender. Gracián palpó el barro de que está hecho el hombre vuelto personaje y personilla. No volvió de ese escudriñar destilando elogios. Tampoco pregonando escepticismos. Su sabiduría la difundió para crear otro hombre, precisamente el hombre que destruya en su interior las miserias innúmeras que esperan crecer y devorarlo. En este sentido Gracián merece acogida espontánea y pronta. No debemos volvernos metafísicos, porque entonces perdemos la enseñanza de Gracián. Fuerte el pie sobre la tierra para mirar de frente los sucesos que sobre ella mueve el hombre. Nos nacen fuerzas, recobramos el discernimiento y en el trato con los hombres de un país ni nos acobardamos para la lucha fecunda, ni perdemos la visión necesaria para acertar.

¡Y cómo necesitan los países hombres y mujeres que conozcan el barro de que estamos hechos! Nos vamos nivelando. Ya nadie sobresale un milímetro de la altura de a jeme en que nos meten los listos y los malvados. Nos han ido matando sensibilidad para sentir con profundidad las cosas de la patria. Y si encontramos un escritor que acabe con ese piadoso estado, si **Repertorio** lo presenta, deber imperativo es hacernos lectores de ese escritor. Gracián está lleno de aliento creador. No pierde su tiempo el que no siendo un menguado, lo lea y lo medite.

El conocimiento que le da del hombre es la sabiduría que más le aprovecha y lo transforma. Transformación real, visible en cada momento. ¿Cómo no ha de adquirir señorío aquel que guarde su oído de la murmuración? Y Gracián lo aconseja: "Que estuviera muy bien un rastrillo en cada oído, como en guarda y con eso no entrarán tan libremente tantos y tan grandes enemigos, silbos de venenosas serpientes, cantos de engañosas sirenas, lisonjas, chismes, cizañas y discordias, con otros semejantes monstruos escuchados". Debilitan el espíritu del hombre las voces lisonjeras y las de la chismografía. Unas exudan la mielcilla con que todo lo alfeñican. Otras levantan la tiniebla que quita rumbos y caminos. Presa el espíritu de esas dos fuerzas demoníacas se estanca y vuelve despreciable al hombre. Lo vemos cada día. Raros son aquellos que usan el rastrillo o la compuerta aconsejada por Gracián. Halaga tanto la zalamería, entretiene tanto la murmuración, que los oídos son canales para que ellas discurran en libertad completa. Y si había en la vida lisonjeada el perfil austero pronto desaparece como expuesto a una corrosión maldita. Siempre el que halaga es el incomprensivo. Necesita conseguir el favor de una amistad y habla en superlativo y da el trato cortesano. Gracián nos previene contra el lisonjero. Y en verdad nos hace un bien duradero. Lisonja y murmuración son dos sepulcros abiertos para acabar con la honra y con la sabiduría del hombre.

Enseña Gracián a limpiar la vida de estorbos, no mediante el olvido de los males que acechan, sino abriendo la pupila al cortejo funeral. Es decir, predica fortaleza como medio de liberarse de miserias. No separa su índice de la tierra. Al firmamento lo lleva cuando quiere dirigir la fulguración de alguna estrella sobre un vicio tenaz. Sabe que trabaja para la colectividad que no sutiliza. Sobre nuestra mesa de lectura hemos puesto hoy un libro de Gracián. Llega un hombre sin lectura ni preocupaciones culturales. Toma el libro y lee. Cuando se marcha nos dice: "Apenas termine ese libro no olvide prestármelo". Ha tenido ese hombre **El Oráculo Manual, El Héroe** y **El Discreto.** Y observamos que no curioseaba de página en página. Fijó sus ojos sobre una cualquiera y leyó sin cesar. Revela el suceso lo cerca que está Gracián de la colectividad llamada masa. Escribió (no hablamos aquí de su **Agudeza y Arte de Ingenio**) para ella, para enseñarla a ser persona. No niveló su estilo ni su pensamiento a la altura de la masa, pero no habló tampoco de cosas no salidas del mundo real. Por eso pronto conquista lectores y quien una vez lo lee repite la lectura con inquietud y deleite. No se agota la sabiduría en una lectura. Pasamos y repasamos sus páginas pobladas de meditaciones. Lo que hoy no vimos jugoso, mañana nos sorprende por la profundidad del ingenio.

Carecemos del sentido de la ponderación y los quebrantos nos acosan y nos producen ruina y dolor. Nada pesamos, todo lo emprendemos y confiamos en nuestro propio espíritu o en la fuerza ajena para dar la batalla. Pero la realidad es tremenda. El plano en que se sitúan las luchas es de fiereza aterradora. Y nosotros que fuimos a una empresa grande sin el sentido de la ponderación, flaqueamos y nos volvemos ruinas. Gracián definió sábiamente ese estado. Pide ojos, cien ojos para que el hombre mire y remire. Pero ojos en los hombros ¿a qué propósito? La respuesta es admirable: "Para mirar un hombre la carga que se echa a cuestas... Que el que no es un Atlante ¿para qué se ha de meter a sostener las estrellas? Y el otro, que no es un Hércules, ¿para qué se entremete a sustituto del peso de un mundo?" "Estos ojos humerales abro yo primero muy bien, antes de

echarme la carga a cuestas; que el abrirlos después no sirve... sino para la desesperación o para el llanto".

No quiere Gracián hacernos taimados. Darnos, sí, austeridad para que nos libremos del ridículo. No emprendamos con ímpetus de guía si sólo somos unidad blanda al mandato. Y es que no podemos mentir una vez álgida la batalla. Si el espíritu no está enrojecido haremos alto y buscaremos la desbandada. Perdidos quedarán todos los que estuvieron atentos a nuestra palabra durante años y nos siguieron y confiaron en nuestra fortaleza. Es decir, llevaremos la desolación a muchos corazones y sembraremos la desconfianza. Por eso pide Gracián ojos humerales. Medir y remedir el tamaño de la carga, porque así sabemos el alcance de la responsabilidad. ¡Cuánto bien aconsejado!

Leer a Gracián con devota admiración. Si **Repertorio** logra conquistarle lectores el país le será deudor una vez más por el gran empeño puesto al servicio de la cultura. Pero no confiamos mucho en la obra cultural que pueda realizarse en momentos de desánimo colectivo. Las preocupaciones toman otros rumbos. El afán ahora es el triunfo simple. ¿Para qué hacerse merecedor por el estudio a la estimación, si caminos expuestos conducen al éxito sin sacrificio alguno? Los países van sumiéndose en el arrebañamiento y todo lo que quiera matar esa maldición humeante es condenado a la indiferencia. Gracián pugna por mostrar al hombre medios sabios de liberación. Pero nadie los pide ni hay quien crea que precise liberarse de nada. Sin embargo, mi querido don Joaquín, difunda a Gracián, que si no éstas generaciones, otras lo oirán y en ellas hallará el genial pensador aragonés lectores a quienes llenar de inquietudes volviéndoles meditador el pensamiento.

Lo abraza,

Juan del Camino

Costa Rica y mayo de 1932.

Ensayos

= *Envío del autor* =

(Véanse los números 16 y 18)

UN ANIMAL DOMESTICO

El hombre moderno es simplemente un animal domesticado. Aquellos devotos de cierto entender la Naturaleza, aquellos fanáticos de la integridad primitiva que consideran una dolorosa mutilación todos los saludables recortes que la civilización ha hecho al instinto, podrían responder de las consecuencias horrendas para la sociedad moderna si la mayoría de los hombres conservasen sus primitivos arrestos, si la mayoría no subiese sido ya hábilmente domeñada por el dogma—que es el domar de la brutalidad emotiva—y por el trabajo—que es la disciplina de la voluntad de dominio.

A todos lados nos asalta la verdad desnuda de que todos estamos ya, más o menos, domesticados. Allí el deseo amoroso que cierra los ojos dolorosamente y que se empeña después a una tardía conquista por el camino que la ley le señala. Allí el deseo de posesión, el hambre, la avaricia, que cierran también los ojos ante el objeto codiciado y que prefieren el penoso conquistar del trabajo, la privación y el ahorro. La fiera no conoce de esas mutilaciones. El macho no tiene más fuero que la fuerza para rendir a la hembra. El fuerte no conoce otra ley que su fuerza para arrebatar lo que necesita. En las fieras los impulsos están libres. Siguen, con el determinismo de una fuerza física, de un desplazamiento mecánico, la línea de menor resistencia.

Y no sólo la ley escrita. La costumbre—que es el vientre de donde nace la ley—es también más fuerte que la naturaleza primitiva. El prejuicio pesa más que el plomo, y una pequeña insinuación social vale lo que una pesadísima cadena atada al pie mismo del hombre. Somos animales domesticados y domésticos y a medida que el progreso se desenvuelve y adquiere formas más elevadas, una mayor cantidad de limitaciones y obstrucciones vienen para los impulsos primeros.

La vieja doctrina que atribuía el progreso al hambre y a la lujuria ya no tiene fundamento en la época. Hambre, lujuria, avaricia, temor, son valores que van tras el hombre, pero no al frente del hombre.

Pero si el progreso significa eso—al menos en su aspecto psicológico—una mutilación, una modelación, un recorte, una abdicación de los impulsos primeros, —por otra parte el hombre se ha enriquecido grandemente y ha aumentado en voluntad e impulsos. Es ahora un constructor atrevido y un regulador severo de las energías de la Naturaleza. Tiene frente a frente una pluralidad de ideales y amores para los cuales sobra en energías y arrestos. A cada paso en el camino de sus victorias sabe advertir o crear la esfinge y a medida que avanza—en un vuelo rápido de superior electricidad moral—se precipita con todos sus tesoros sin temor al desastre, hacia la verdad desconocida que esplende tras el eterno misterio.

El progreso biológico resulta una transformación de valores. Una cambio de signos no más. Lo que las especies inferiores tienen como una superabundancia de vida se ha convertido en las formas más desarrolladas en una superabundancia de ideal. Pero la cantidad de energía, el monto de potencialidad ingénita, permanece siempre igual.

LA SENCILLEZ EN EL VIVIR

Los romanos encarnaron la supremacía moral de la especie humana de su tiempo y sus anales encierran un tesoro de enseñanzas superiores que debieran ser recordadas a cada paso y constantemente explicadas a la juventud. De entre aquel acervo de maravillas históricas está su devoción a la simplicidad en la vida en los períodos de oro de su democracia.

La simplicidad y la austeridad, la sencillez y la virtud, van juntas por los vericuetos del mundo. La simplicidad en la vida da profundidad moral a los hombres y hace de sus caracteres rocas firmísimas sobre las cuales puede la sociedad fundar sus construcciones. Pero cuando la juventud se avienta a los precipicios del vicio en sus múltiples formas, la República ya no puede esperar. Hombres jóvenes apegados al ruido mundano, amigos de la elegancia sin inteligencia, del buen tono exterior, de la moda y del placer, se convierten en peligros sociales que más tarde la sociedad casi no puede extirpar. La devoción constante al placer no puede coexistir con la virtud. La riqueza que los viejos acumularon con padecimiento se dispersa enseguida, por la frivolidad de los hijos. El frívolo se transforma en canalla y cuando la conciencia honrada se atreve a señalar sus pústulas, los elegantes incapaces se convierten en asesinos. Señalar sus vicios—que la República costea—es soltar una jauría.

En el hombre que empieza a vivir están reunidas todas las posibilidades de la especie humana. Si desde la infancia se le deja en libertad para el placer, el orgullo de clase, la frivolidad y la ostentación, en la edad madura será una fiera a quien sólo la cárcel o la horca podrán domar. Ningún patriotismo coexiste honradamente con el placer desenfrenado. Ninguna fortuna resiste la sangría de la frivolidad elegante. Y la frivolidad—que es un vicio—no abandona al enfermo en toda su vida.

Roma no resistió al bárbaro cuando se había corrompido en la saturnal. Roma pudo imponerse al mundo cuando la austeridad de sus varones eran las joyas mejores de la República.

Dad a los jóvenes austeridad, rigor, simplicidad, virtud: medida. Sabed mantener sus cuerpos sanos y sus mentes poderosas. Educadles para el rudo trabajo y enseñadles a encontrar sus goces en la pobreza y la sencillez. Así el patrimonio de los viejos—hombre esclarecido, blasón sin mancha, fortuna de todos envidiada—podrá ser legada sin peligro de que todo junto vaya mañana a ser juguete de sibaritas y prostitutas.

N. Viera Altamirano

San Salvador, El Salvador.

La triste juventud

= De *Luz*. Madrid =

Un día Chamfort habló así a un alegre misántropo que acababa de presentarle a un joven:

—¡Pero ese amigo de usted no conoce el mundo, no sabe nada de nada!

—Es verdad—dijo el alegre misántropo—. Y está tan triste como si ya lo conociera todo.

Conocemos a muchos de estos jóvenes. Acaban de asomarse al mundo, y, en vista de que nada se conmueve ante los nuevos inquilinos, proclaman su afán de reconstruirlo urgentemente. Tal vez porque resulte más fácil reconstruir un pueblo que construirse a sí mismos.

Estamos en el secreto: reconstruir un pueblo, entre algunas gentes, equivale a esperar a que se reconstruya él sólo y después tomar de él posesión. De todos modos, la empresa es larga, y estos jóvenes se nos ponen muy tristes, ensayan gestos catonianos, increpan a cualquier hombre maduro—y sazonado—que, sin contar con ellos, está "usurpando" el poder.

—¡Hay que salvar al país!

—¡Hay que crear la nueva España!

Y sus caras se estiran, su voz retiembla, el vaso de café—mitad y mitad—patéticamente vacila, sus hombros se abaten bajo la enorme responsabilidad que desciende sobre ellos...

Pero se olvidan de lo más sencillo; de que crear una España nueva equivale para ellos a aprender bien aquel día la lección o, en general, a entregarse todo el día "a una auténtica faena profesional". ¿Por qué el joven suele ignorar ese pequeño detalle y, reunido con otros jóvenes estirados y proféticos, se entrega durante horas enteras "a una profesión apócrifa", por ejemplo, la de futuro político? ¿Por qué, mientras intenta cambiar la faz del pueblo, no intenta cambiar su propia faz?

No se dan cuenta muchos jóvenes de que dejarse llevar por esa fácil corriente—tan fácil como borrosa—de "mesianismo reconstructivo" equivale a sentar plaza en las filas del "hombre exterior", del "animal político"—como desde Aristóteles se le viene llamando—; es decir, que por olvidarse poco a poco de la vida interior, de la única verdaderamente suya, llegan a perder toda fidelidad consigo mismos. (Acaso alguna vez arrastre al hombre maduro un torbellino de "animales políticos"—la frase es netamente filosófica—; pero siempre debe guardar intacta y firme—por bien elaborada—su intimidad). Como Miguel de Montaigne, que jamás quiso confundirse con el alcalde de Burdeos; porque, antes de ser alcalde, se preocupó largamente de ser Miguel de Montaigne.

Lo demás era adjetivo, una máscara penosa de soportar, como debiera serlo todo cargo público. Entonces, al perderse el individuo bajo el cargo, es cuanto debe ponerse cara triste, la cara del cargo, no de la persona. Presidir la República debía ser para todo buen ciudadano la máxima calamidad.

No vale ofrecernos ese anticipo de cara, porque eso equivale a sentir el peso de una falsa responsabilidad.

Y éste es el magno error de muchos jóvenes: creer que son responsables de la urgente reconstrucción de España, que sobre ellos gravita el futuro mando—hacer política es siempre desear un mando—. Al revés. Lo que sobre ellos pesa es la responsabilidad de la obediencia, algo descuidado hoy entre nosotros, hasta tal punto que acaso llegue el día en que nadie sepa aquí mandar en vista de que nunca se ha aprendido a obedecer. Como en un taller donde se junten pretendidos oficiales que jamás hayan querido ser aprendices; es decir, donde haya que improvisarlo todo, "inventarlo" todo o copiarlo precipitadamente.

Siempre en España hubo escasez de subordinados, aun para los movimientos políticos de mayor resonancia; y esto fué precisamente la razón de haberse retrasado aquí un siglo la Historia. El siglo XIX arroja un enorme saldo a favor de caudillos—entre cabezas y cabecillas, Prines y Merinos—que, eso sí, podrá nutrir de hechos pintorescos una colección de biografías, pero dudo mucho que pueda nutrir de acontecimientos fecundos una historia. Quizá existe una dúctil masa—existió al menos,—pero sobre ella flotan a cientos los caudillos "responsables". Responsables, no de sí mismos, sino de una vaga ruta mesiánica.

Tan fácilmente confundible con la vaga nostalgia del poder—en todos los órdenes—. "Preferiría el motín y la revolución a ser embalado en el círculo de los eternos descontentos"—decía Goethe al canciller Müller. Muchos jóvenes también preferirían la revolución, pero es difícil que una revolución avance con millares de cabezas y ningún pie; y robustecer los pies es faena de mucho tiempo. Durante el cual, el círculo se agranda y la tristeza crece, se desborda, prende en zonas vírgenes.

Hubo gremios, aquellos admirables gremios que se dedicaban a hacer bien las cosas, precisamente porque sentían la servidumbre de su auténtica vocación. ¿Se perdió ese sentido del "bien hacer" por adquirir el sentido del "bien administrar"... que nadie, por otra parte, adquiere?

¿Es verdad que pronto será cursi tener vida interior, escribir bien o construir primorosamente un chaleco? ¿Todo será "política", con sus dos alas, jurídica y económica?

Pero no caigamos también en esa tristeza inútil, en ese "eterno descontento", en esa pesadumbre del "animal político", aún inédito, de ese no desear llegar a ser Miguel de Montaigne, sino alcalde de Burdeos.

Benjamín Jarnés

Macaulay y los clásicos

(Viene de la página 280)

entrada general, que tiene un "genio comparable al de Beethoven" es de una valentía temeraria. No habrá melómano que deje de acompañar a Romain Rolland en su viaje al Empíreo para prosternarse ante el autor de las nueve Sinfonías. ¿Quién quiere subir con él al piso quinto de una calle sórdida para escuchar alguno de los seiscientos cánones corridos en que derrocha su pesimismo un músico viejo e ignorado?

Adolfo Salazar

INDICE



CON EL CORREO DE ESTA SEMANA HEMOS RECIBIDO LOS SIGUIENTES LIBROS:

Teresa de la Parra: *Las memorias de Mamá Blanca*... ₡ 4.50
Alberto Gabanna: *Guía para el estudio de la Economía Política. Metodología Programática. Bibliografía*... 10.00
Rubén Darío: *Cantos de Vida y Esperanza*... 3.00
Paul Rival: *Vidas extraordinarias: César Borgia*... 3.50
Elisabeth Huguenin: *La coeducación de sexos. Experiencias y reflexiones*... 3.00
Pío Baroja: *El Árbol de la Ciencia*. Novela... 3.25
G. Germanetto: *Memorias de un barbero. El comunismo en Italia*... 3.50
Mariano Azuela: *La luciérnaga*. Novela... 3.25
Liam O'Flaherty: *Cómo está Rusia*... 3.50
A. J. Schmieder: *Didáctica general*... 4.50
Erich Leschke: *Enfermedades del metabolismo*... 6.00
Lion Feuchtawanger: *El Judío Süss*... 4.00

Solicítelos al Admor. del *Rep. Am.*

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Suscrición mensual, ₡2.00
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.25 / El año, $ 6.00 o. am.)
Giro bancario sobre Nueva York.

EN LA JAULA DE LA TORRE EIFFEL

Landívar

= *Envío del autor* =



Rafael Landívar

De lo primero que debemos dolernos, ¡oh Poeta!, en este octubre de tu bicentenario, es de nuestra escasa cultura, de nuestros conocimientos bárbaramente basados sobre la ignorancia de los saberes primordiales y de las lenguas que permiten beber en propias fuentes las enseñanzas de los maestros en ciencias y artes, filosofías y juegos, que fueron en Grecia y Roma orgulloso timbre de gloria y llama eterna de vida para la humanidad que con ellos sigue alumbrándose en su camino.

No conociendo el latín, lengua en la que tú, Poeta, cantaste las bellezas de tu tierra, hemos de ir a ti por el camino de los traductores que, por excelentes que sean, son siempre traductores. En la creación poética, tú lo supiste mejor que nadie, la primera traición está en la palabra que jamás da lo que el pensamiento encierra. En esta primera traducción del pensamiento a la palabra, el artista pierde mucho de lo que su alma le decía, y cómo será la pérdida, en la traducción de una lengua a otra, que es casi decir de universo a otro. Nos dolemos, pues, Poeta, de llegar a ti por ese camino triste de la traducción, nosotros, los tuyos, los más tuyos, los que habríamos querido verte los ojos en tus versos, sobarte las manos en tus estrofas, sentirte el aliento en tus períodos.

De lo segundo que debemos dolernos, ¡oh Poeta!, es de la tardanza con que tu Guatemala te viene a hacer justicia. Si en lugar de cantar, como tú lo hiciste, hubieras sido un conductor de hombres a la guerra fratricida, ya tendrías la consagración del bronce, del monumento y de tu efigie en las estampillas postales. Doscientos años hace que naciste y aún sigues ignorado de tu pueblo, en las escuelas se recitan poemas de todos los poetas de la tierra, y jamás se ha dicho un solo verso tuyo. No por ello tu nombre ha sufrido mengua, sigues muy alto en las soledades que rodean al espíritu, en la supremacía de la obra creada, forjada con el recuerdo de tu barro y con las lágrimas de tu nostalgia de exilado.

En las antologías tu nombre figura, citado por los que te llaman para llenar el hueco, pero no porque se hayan sentido a tono contigo en tu cantar divino. Sigues, sin embargo siendo, y serás siempre, como el poeta de Las Geórgicas, cuya gloria alcanzará a eternidades que no medimos los hombres.

De lo tercero que debemos dolernos, oh Poeta, es de que tu enseñanza no haya servido de nada, porque en tu país la dorada miel de los versos sigue corriendo entre escabrosas guijas, en lucha con las espinas de la miseria que todo lo entristece y de la incomprensión ambiente que le quita vida. Tu historia es la de todos los poetas de tu tierra.

Pero a estas quejas, quejas al hermano mayor, siguen las fiestas. Tu espíritu lucha a lo largo de tu obra con la retórica y casi siempre la logra vencer. En ello te asisten tu temperamento de poeta y la oculta fuerza que la naturaleza de tu tierra dejó en el caudal de tus venas. Ese monstruo que se llama la retórica, veneno de dragones, estuvo a punto de ahogar en ti lo más sabroso de tu alma, lo que no se aprende, lo que se tiene, lo que es chispa innata en el cerebro y el corazón del creador de belleza. Se te lee con el sagrado temor de verte caer bajo su dominio estéril y se siente repicar el gozo cuando se te ve salir siempre triunfante de la regla estúpida y alcanzar, por oculta sombra, con la mano flaca, la flor roja del trópico. Noches y noches luchaste con la retórica que cuando dormías y tu inconsciente hilaba sus formas y matices, venía a quererte callar el alma, a que no volvieras con entusiasmos paganos los ojos al rinconcito patrio, donde las aguas seguían corriendo y seguía el pleito de gallos en los patios y la doma de potros. Pero otra lucha más profunda que la de la forma retórica se descubre en el cristalino caudal de tus estrofas. Si tu verso copió con sublime maestría nuestro paisaje y todos los aspectos de la vida cotidiana, fué porque en ellos puso tu alma, lo que en ti había de pagano, lo que en ti rompía con el cristianismo llorón y sombrío de los conquistadores. Nacido en Guatemala, en la altura, allí donde el trópico se limpia de la cargazón sonora de las costas, allí donde la luz, como en Grecia, tiene mezclado vapor de agua y las piedras viejas toman valor dorado, nutrido con la lectura de los clásicos poetas latinos, Virgilio sobre todo, ¿qué de extraño tendría que invocaras a los dioses? Pero no a los dioses del Olimpo, a los tutelares de tu tierra natal, a los que ahora surgen del polvo de una raza caída y alumbran las páginas de la historia con sus claros ojos vacíos. En el secreto de tu alma esta lucha debió proseguirse durante el tiempo de tu vida, y más de una vez atribuirías al demonio, lo que no era sino el reclamo de tu tierra, enredadera de estrellas que venía a alumbrarte desde lejos, desde el fondo de sus bosques perfumados por las aguas de sus ríos, y a despertar en ti, alrededor de las fogatas de tus ojos, formas menos adustas que las escuetas de los santos en danzas de humos olorosos a anís. La retórica bajo tu pie y una corona de laurel en la frente vistiendo larga túnica blanca, te vemos levantarte de entre los muertos y avanzar hasta nosotros con la voz cortada por la emoción. En forma de monumento vuelves a los lares donde naciste y de los que estuviste siempre ausente y presente.

¡Bienvenido seas!

Miguel Angel Asturias.

París, 1931.

INDICE

CON EL ULTIMO CORREO:

Pío Baroja: *Los pilotos de altura.* Novela .... ₡ 3.75
León Trotzkv: *Cómo hicimos la revolución de Octubre* 2.00
Rafael F. Muñoz: *Vámonos con Pancho Villa* 3.50
Cuadernos de Política: *I: Derecho Eclesiástico del Estado. La naturaleza jurídica de los bienes afectados al culto oficial* 3.00
Pío Baroja: *El aprendiz de conspirador.* Novela 3.50
R. C. Sheriff: *Fin de la jornada* 3.50
Erasmo: *Elogio de la locura.* Pasta 2.50
Enciclopedia de Educación. (Publicación trimestral destinada a los trabajos extranjeros). Tomo VIII. N.º 2 .... 2.50

Solicítese al Admor. del *Rep. Am.*

INDICE



ENTÉRESE Y ESCOJA:

Maud A. Brown: *La nueva enseñanza de la higiene* .... ₡ 2.00
Raimundo Lulio: *Filosofía moral* 4.00
Cuadernos de Política. IV: Alfredo Weber: *La crisis de la idea moderna del Estado en Europa* 3.00
Eça de Queiroz: *El Conde de Abraños.* Novela. (Obras póstumas) 3.00
Harald Hoffding: *Rousseau* 3.00
Carlos Marx: *El Capital.* Pasta 30.00
Gabriel Miró: *Figuras de la Pasión del Señor* 3.50
Edgar Wallace: *El ladrón nocturno* 1.75
R. Grigorieva: *Diario de una maestra.* Apuntes de la vida escolar en Rusia 3.50

Solicítelos al Adr. del *Rep. Am.*

Imprenta LA TRIBUNA